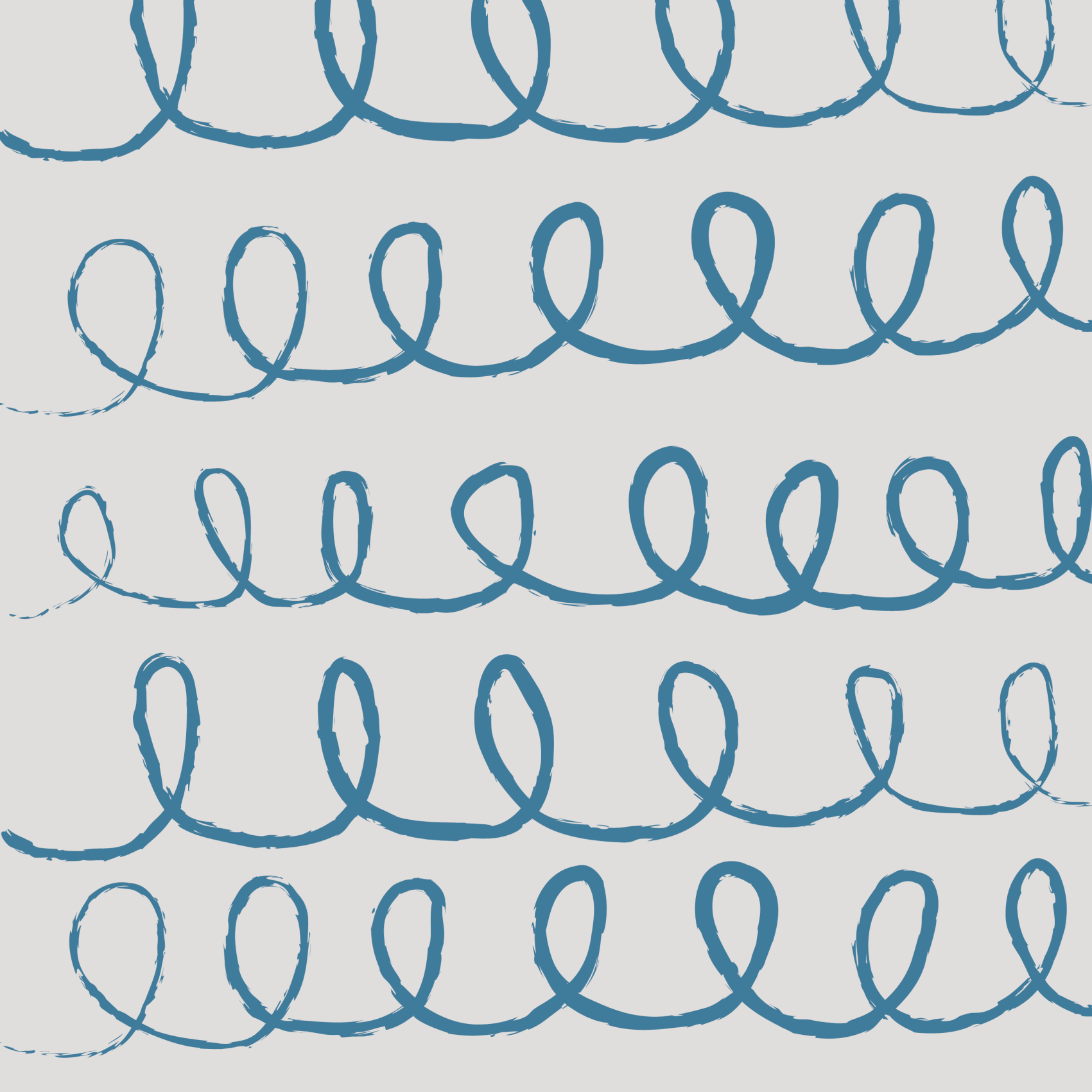


Textos: Alexandra García, Daniela Carmona
Fotografía y diagramación: Alexandra García

alexa_07204@hotmail.com / dannycs18894@gmail.com

Ilustraciones: Santiago Moca/ santiagomocca@gmail.com

Escuela de Comunicación Social
Universidad del Valle, 2017

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento,
transformación o transmición de este libro. Su uso es exclusivamente académico.

Universos Fragmentados
Recorrido por ocho trayectorias de infancia

Alexandra García Manzano
Daniela Carmona Salazar

Universidad del Valle

Prefacio

Le advierto que, si usted es un lector que suele conectarse con las historias que lee, la piel se le pondrá de gallina con más de una de las que encuentre aquí. Está a punto de entrar a un universo de relatos, fotografías e ilustraciones que reflejan la maravillosa experiencia de ver el mundo a través un grupo específico de niños. Probablemente no quiera detenerse hasta terminar el libro y quedará con ganas de más. No porque estas sean las historias mejor escritas, sino porque fueron hechas con la piel, el alma y los huesos.

Durante tres meses aproximadamente, trabajamos con un grupo de ocho niños pertenecientes al programa Aldeas SOS, una organización internacional que acoge niños, niñas y adolescentes en situación vulnerabilidad, fortalece familias que están en riesgo y proporciona entornos familiares para aquellos que por alguna razón han perdido el cuidado o presencia física de sus padres. Nos encontramos con niños que llevan hasta el 90% de su vida institucionalizados, con historias conmovedoras y con sentimientos encontrados ante una sociedad enferma que pide a gritos un cambio.

Las historias que le dan vida a este libro llegaron a nuestras manos por medio de diferentes actividades con los niños, las entrevistas nunca estuvieron presentes en este proceso. El capítulo de Micro Recuerdos, por ejemplo, nació a partir de una actividad donde le pedimos a los chicos que dibujaran el primer recuerdo que tuvieran de su vida o, por lo menos, el más importante de su infancia. Después de realizar el dibujo, todos hablaron de manera detallada sobre su recuerdo y, fue

este momento, el que nos brindó las herramientas para construir los relatos que están a punto de leer. Aunque teníamos claro que íbamos a encontrarnos con cosas muy interesantes, nunca imaginamos que esta estrategia sería tan potente.

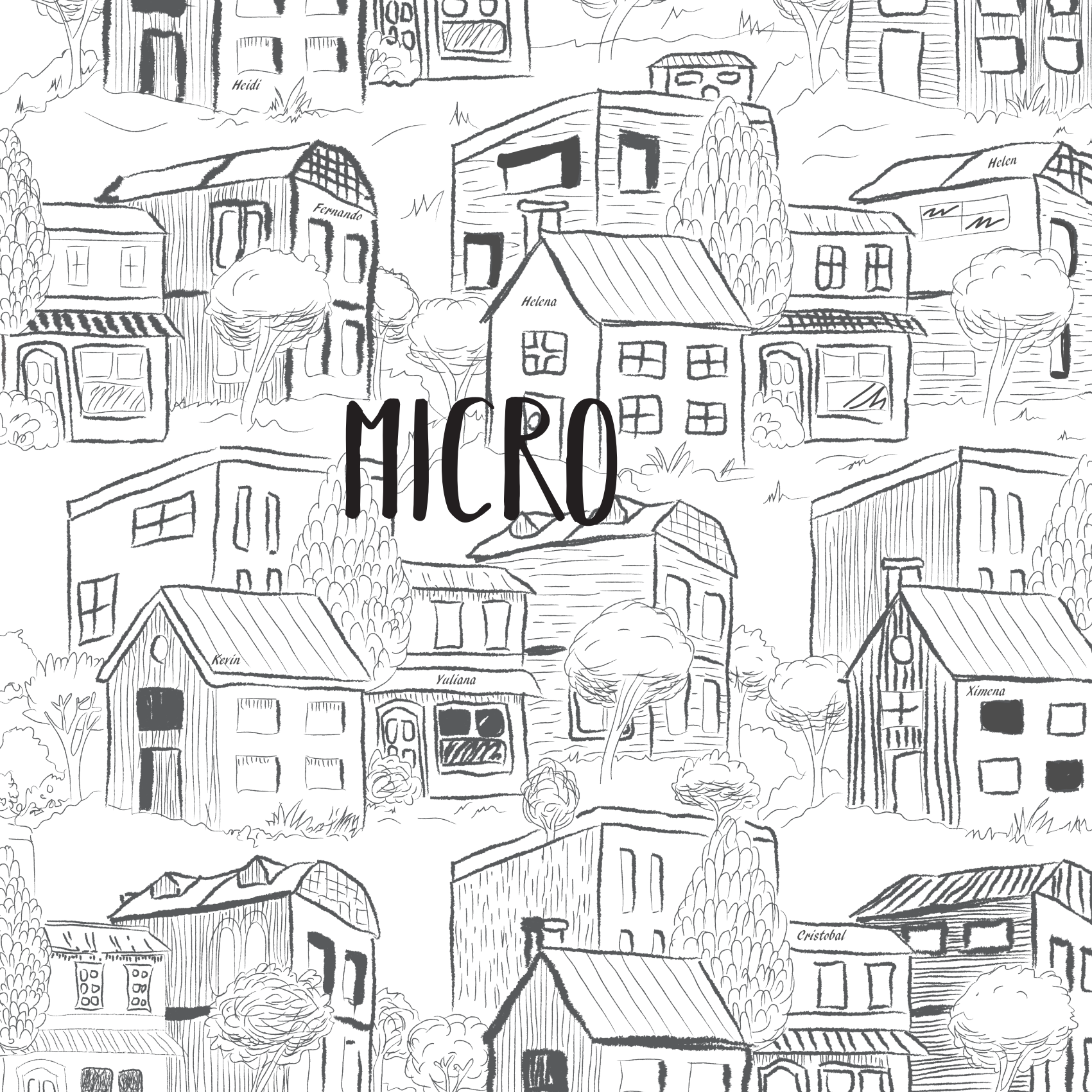
Por otro lado, el capítulo de Lazos de Sangre fue construido a partir de una carta audiovisual, invitamos a los niños a escribirse una carta a su "yo del pasado". En este punto, nos encontramos con anécdotas tan valiosas y divertidas como la de uno de los chicos diciéndole a su "yo de 7 años" que lo iban a echar del colegio si seguía portándose mal. Hasta historias tan fuertes e impactantes como el relato de Heidi, la niña más grande del grupo, diciéndole a su "yo del pasado" que no permitiera que sus tíos abusaran físicamente de ella y sus hermanos.

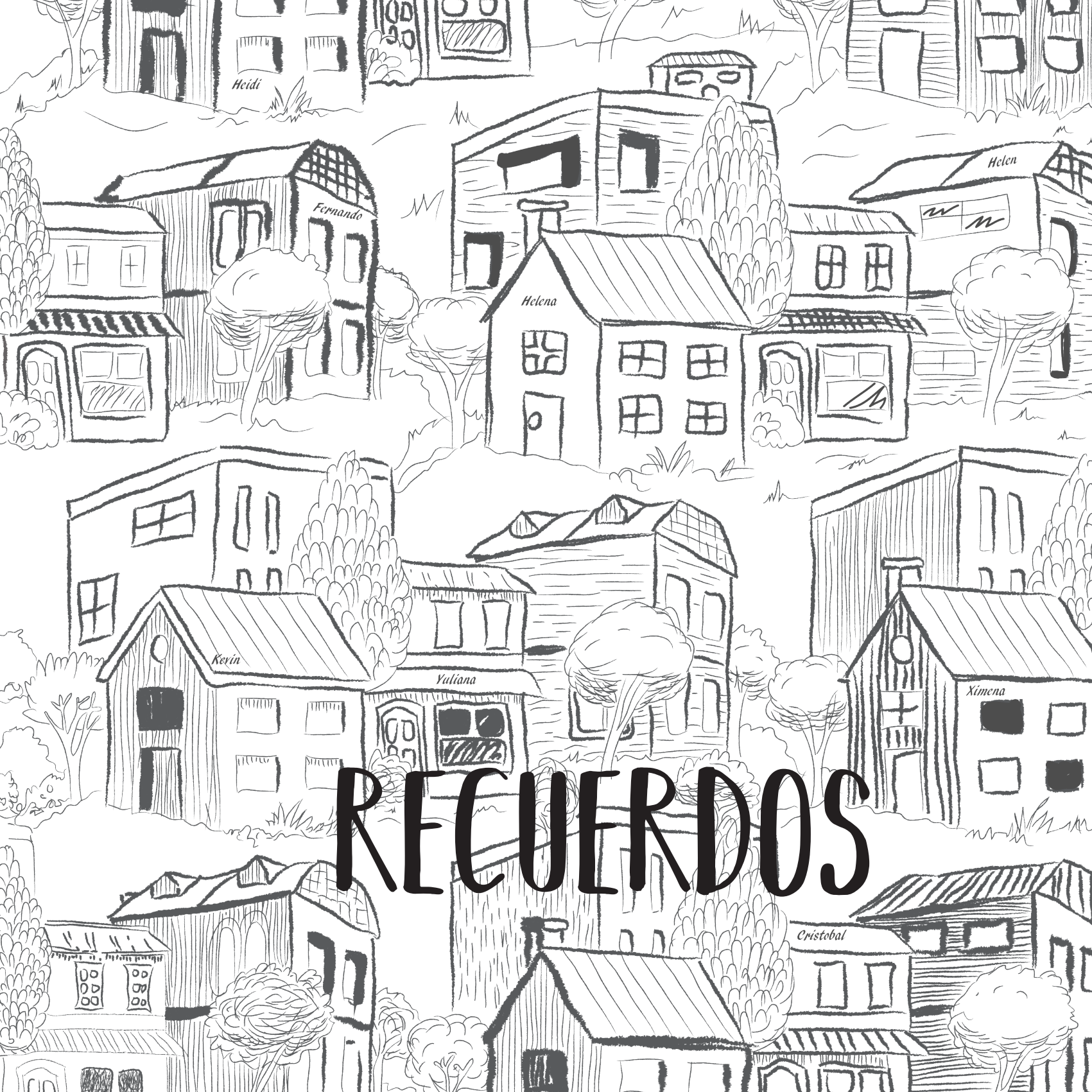
Por último, el capítulo de Perfiles se fue construyendo semana a semana con cada encuentro, cada actividad y cada experiencia que vivimos con ellos dentro de la Aldea. Si bien es cierto que todas las historias fueron complementadas con información que surgió durante los tres meses de trabajo de campo, los dos capítulos anteriores tuvieron sesiones específicas en las que se desbordaron los insumos para escribir. El capítulo de Perfiles, por el contrario, tomó mucho más tiempo y trabajo pues los niños que están incluidos en este, son quienes menos se abrieron respecto a su pasado.

El recorrido no fue fácil, hubo momentos de incertidumbre en los que las biografías eran tan vagas, que apenas podíamos hacer una representación de unos pocos. Queremos que usted como lector sea parte de este universo, lo invitamos a conocer la realidad de ocho niños que, a lo largo de su infancia, han vivido episodios tan fuertes que podríamos pensar en que hacen parte de un guion de ficción.

Estas son historias reales, escritas como un homenaje no solo a los ocho chicos que las protagonizan, sino también a los miles de niños que sufren de algún tipo de violencia en Colombia. La invisibilización de estos relatos no pueden continuar y, Universos Fragmentados, es nuestro aporte a la dignificación de estas trayectorias y al no anonimato de ellas.

Este libro no es más que la recopilación de memorias de ese grupo de niños e incluso de sus autoras, memorias que fueron contadas por medio de dibujos, objetos, fotografías y juegos. Memorias que se construyeron poco a poco, como un rompecabezas que fue tomando forma con el pasar de las semanas. Ellos contaron su historia, nosotras las convertimos en textos.


Heidi
Fernando
Helena
Helen
MICRO
Kevin
Yuliana
Ximena
Cristobal


Heidi
Fernando
Helena
Helen
Kevin
Yuliana
Ximena
Cristobal

RECUERDOS

Monstruos en mi casa

Tres siluetas negras caminan cerca de mí. Mientras la luz de un pequeño televisor permite que pueda observarlas, el resto de la casa se encuentra completamente oscura y no entiendo bien lo que pasa. No son siluetas normales, solo puedo recordarlas de la cintura hacia abajo y, aun así, doblan mi tamaño. Un color negro profundo llega a mi cabeza cuando pienso en ellas y siento un vacío en el estómago que no puedo explicar.

Estoy en una casa pequeña, la cocina está llena de ollas vacías, hay un patio con olor a orines de gato y en la habitación todo se siente muy junto; a pesar de que soy una niña, puedo notar lo estrecho que está ahí adentro. Me deslizo hacia un rincón de la cama hasta que choco con la pared, meto mis pies bajo la cobija destendida que se encuentra a mi lado y sigo observando de manera inquieta lo que ocurre. Una de las siluetas camina de un lado para otro muy rápido, como si buscara algo; las otras dos parecen temerosas, están casi temblando.

Una de ellas entra corriendo a la habitación, se sienta en el extremo opuesto de la cama donde estoy y veo como unas piernas temblorosas hacen que todo se mueva. Un minuto más tarde, entra la silueta más grande y se escucha un golpe seco. Todo queda en silencio, llega la calma. Las piernas ya no tiemblan y la cama ya no se mueve. La mitad de un recogedor yace junto a nosotras, la otra mitad se aleja en las manos de la gran silueta.

Me acurruco aún más en el rincón y observo una gota de sangre que ha salpicado en mi brazo, escucho a mi hermana llorar en medio del silencio que domina la escena y noto que ahora son mis piernas las que tiemblan. Este es el primer recuerdo que tengo de mi familia.

Heidi, 15 años



El mejor regalo

Mis amigos dicen que fue en mi cumpleaños pero yo no sé cuándo es. En mi casa todos corrían pegando bombas y serpentinas, mientras mi tía me vestía con ropa nueva: shorts de jean y camiseta amarilla. Las niñas siempre tardan demasiado en arreglarse. No entiendo por qué ellas usan aretes, moñas y colores que yo no. Un último retoque del peine por el cabello recién lavado, perfume y ya estaba listo para salir a jugar. – No te vayas a ensuciar- gritó mi tía antes de que cruzara corriendo la reja de la puerta.

Recuerdo bien cuando la vi: entró por la puerta del conjunto en el que vivo, de la mano de mi hermana. Traía puestos dos lazos de colores y hacía un sonido inconfundible al andar. Los niños del conjunto se abalanzaron sobre ella y le preguntaron a mi hermana para dónde iba. Yo sabía bien que venía por mí, la había estado esperando por mucho tiempo. Era el día perfecto, el mejor regalo de todos.

Corrí a abrazarla y juro que podía escucharla diciendo mi nombre. Apenas pude tocarla cuando sentí un estallido en mi cabeza, dos, tres, ¿cinco? No sé contar pero fueron como un millón. Un líquido viscoso y amarillo me escurría por las mejillas. Salí corriendo despavorido mientras mis amigos me perseguían con más huevos en sus manos. La vi continuar su camino y entrar a mi casa; también vi la cara de espanto y de ira de mi tía. No debía ensuciarme.

Durante un tiempo salí a jugar con ella y se la presenté a mis amigos. Hacíamos carreras y caravanas. Todavía está en la casa pero ya no la uso. Está dañada y oxidada por la lluvia que le cae en el patio. Todavía no he vuelto a cumplir años y no sé cuál sea mi regalo. Nunca aprendí a montarla sin las rueditas de atrás.

Kevin, ocho años.



Casi me muero

Las frutas y vegetales son asquerosos. Nada más rico que una hamburguesa, un perro caliente o una pizza. Aunque todo el mundo diga que es comida chatarra y que hace daño, esa comida no me hace mal a mí. En general cualquier comida que no tenga verduras es deliciosa. Cualquier cosa que no sea guanábana.

Mi tía preparó hace unos meses pasta, ensalada y jugo de guanábana para el almuerzo. Insiste en servirme la ensalada sabiendo de antemano que la voy a dejar en el plato. Por supuesto, me comí toda la pasta y dejé lo demás. A mí me encantan los jugos ácidos, como el de lulo o el de maracuyá, pero nunca había probado el jugo de guanábana. No sentía curiosidad alguna por probar ese líquido blanco y viscoso que ese día estaba en mi vaso.

Sin embargo un reflejo automático me hizo llevarme el vaso a la boca, y para sorpresa de todos los que me estaban mirando, no sentí náuseas. Al contrario, me pareció un jugo delicioso y terminé repitiendo casi tres vasos. – No vuelvo a hacer jugo de guanábana porque Helena se lo toma todo- dijo mi tía después de terminar el almuerzo.

Pero para su alivio el gusto por el jugo sólo me duró un par de horas. Ese mismo día en la tarde, comencé a sentir escalofríos, me llené de puntos rojos por todo el cuerpo, tenía vómito y mareo y me sentía muy débil. Mi tía me llevó corriendo al médico. – La niña tiene una reacción alérgica- le dijeron. Nunca había probado el jugo de guanábana, y nunca en mi vida lo volveré a probar.

Helena, trece años.



Como dientes de leche

Tenía dos años cuando llegué aquí, y ese mismo día me lo regalaron. Era más grande que mi mano, apenas podía sostenerlo y poco sabía sobre cómo usarlo, pero se convirtió en mi compañero durante años. Siempre fue el más veloz, pero al igual que mis dientes de leche, sus rueditas se fueron cayendo. Las fue perdiendo con el pasar de las carreras y aunque yo aprendí a impulsarlo tan fuerte que siempre llegaba primero, no duró para siempre.

Al principio yo no quería jugar con más niños, solo quería estar con él, pero después de tanto tiempo en la Aldea comencé hacer amigos y lo sacaba a jugar todos los días. Dejaba que otros niños lo tocaran, pero el único que podía manejarlo era yo.

Ahora mis manos son más grandes, pero no jugamos más porque ya no anda como antes y yo prefiero jugar fútbol. Me gusta recordarlo porque fue el primer juguete que tuve y compartí mis primeros años con él. El sonido de sus rueditas en la tierra, el color azul de su capó y las victorias conseguidas, aún las tengo en mi memoria.

Cristóbal, diez años.


META

Furia

Heidi está ensimismada terminando de pintar su máscara. Está sentada sobre papel periódico en el suelo del aula y su cabello negro y largo le estorba en ocasiones. Fernando, Kevin y Yuliana están corriendo a su alrededor, jugando a tirarse pintura. La cámara con la que hacemos nuestro registro se ha quedado sin batería y yo estoy tratando de conectarla al tomacorriente de la pared. Los niños están a mis espaldas y todo parece estar bien.

Un grito en seco me obliga a dar la vuelta. Kevin está tirado en el suelo boca arriba mientras enreda el cabello de Heidi entre sus manos, a las que les da vuelta una y otra vez, como si fuesen cocodrilos atrapando a su presa. Yuliana está gritando desesperada. Fernando ha desaparecido.
-¿Qué pasó?- les grito también mientras corro a separarlos.

Pero Kevin no se despega. Yuliana logra apartar una de sus manos, pero él la toma a ella también del cabello. Intenta arañarla y golpearla en la cara. Su rostro está rojo, sus venas diminutas se marcan en su frente y aprieta la mandíbula con igual o mayor fuerza que la de sus manos, aún sujetas del cabello de Heidi. Es un niño de 8 años y yo no puedo forzar sus puños a que se abran.

• No importa, déjenlo. Kevin, tranquilo. Suéltame – con un tono de voz tranquilo le dice Heidi al niño que, claramente, la está lastimando. Una calma que sorprende. Sólo ella estaba calmada allí.

Kevin no dice una palabra. Solo se retuerce y hala, y se retuerce y hala. – Él fue a molestar a Heidi y ella se defendió y él la agarró así profe- me dice Yuliana. Han llegado Fernando, Alexandra y los otros niños que estaban afuera. El rostro de Kevin poco a poco comienza a cambiar de color y finalmente puedo abrir sus puños para soltar el cabello de Heidi.

• ¿Por qué no te defendiste? -, le pregunta alguien a Heidi.
• Él es un niño de 8 años, yo tengo 15. ¿Qué sentido tendría defenderme si ya sé que yo le voy a ganar?

Daniela, comunicadora social, veintitrés años.



De vuelta a la tierra

Hay una multitud, todos saltan y se mueven como locos. Comienzan a caer las primeras gotas de lluvia, pero aún se puede sentir el calor de tantas personas juntas. Estamos tan cerca los uno de los otros que en cada salto mi piel roza con la del chico de al lado. Ahora llueve más fuerte, una mezcla de sudor y agua recorre mi frente mientras mis pies no dejan de elevarse y mi cabello tapa mi rostro cada vez que vuelvo a tocar el suelo. Mi pequeño corazón ha comenzado a latir más fuerte, puedo escuchar con claridad cómo golpea mi pecho a pesar de todo el ruido que hay en el lugar.

Suena la primera guitarra, la gente enloquece y comienza a saltar de un lado para otro, siento que mi ritmo cardíaco está sincronizado con el golpe de batería que marca la canción. Respiro una bocanada de aire húmedo, me ahogo un poco y sigo saltando.

Escucho tres golpes secos que me devuelven a la realidad, es mi tía tocando la puerta de mi habitación. Le digo que pase mientras me agacho para terminar de atar los cordones de mis zapatos y poder salir al concierto. Se sienta al pie de la cama, me toca el hombro y me dice: lo siento nena, llamaron a confirmar que no se permitirá el ingreso de menores de edad.

Heidi, quince años



De niña a mujer

El gran día ha llegado y yo no sé si quiero salir. Me siento incómoda, nerviosa. ¿Y si no sale bien? ¿Y si no viene nadie? Quiero que se acabe pronto.

Mi novio toma mi mano. Ya es hora. Mientras afuera cae una lluvia torrencial, adentro suena el vals, y mis amigos, hermanos y familia, todos esperan por mí. El salón está decorado de azul con verde, los colores de mi vestido. Al fondo y frente a mí, está la torta de cinco pisos que mandaron a hacer para la fiesta. Hay bombas y serpentinas y una corte de honor dividida en dos filas que me da la bienvenida.

Tiempo de vals un, dos, tres, un, dos, tres. Un, dos, tres, un, dos, tres, vuelta, cambio de pareja. Un dos tres, un dos tres, vuelta, cambio de pareja. Reverencia. Mi cabeza repasa la coreografía una y mil veces y la angustia se nota en mi rostro. Tengo miedo de equivocarme.

Llega el momento de la fiesta y de las fotos. Todos los invitados parecen estar felices, les gustó la comida y el pastel. Parece como si todo hubiera sido un sueño. Ojalá no se acabara nunca.

Jimena, quince años.



Lágrimas y ladridos

Cambiar de casa es cambiar de vida. Mis hermanos me decían que íbamos a dejar todo lo malo atrás. Estaba muy pequeña cuando conocí por primera vez la aldea, pero sabía que había muchos niños que, al igual que yo, iban a vivir sin sus papás. Traía una maleta pequeña, poca ropa y un solo par de zapatos. Lo único importante era tener a mis hermanos. Los niños comenzaron a llamarme para jugar. Mis hermanos también hicieron amigos nuevos. Del pasado ya no quedaba nada.

Un día, mientras jugaba, escuché un ladrido único e inconfundible; venía corriendo con su colita en alto y sus orejas respingadas, jadeando y ladrando cada dos metros. Detrás de ella venía mi abuela, la de verdad, la mamá de mi mamá. El pasado estaba de vuelta, pero esta vez me hacía muy feliz porque mi perrita estaba conmigo. Habían pasado dos o tres meses desde la última vez que vi a alguna de las dos y por fin podía jugar con ella. La felicidad no duró mucho; ese mismo día en la tarde se la llevaron nuevamente, mientras yo la miraba irse con los ojos encharcados.

Así pasó muchas veces. Una vez cada dos o tres meses podía verla jugar y correr con ella. Siempre me saludaba con la misma alegría y yo siempre lloraba cuando veía que se la llevaban. Contaba los días que me tomaba volverla a ver en el calendario; eran dos hojas y unos cuadritos más de la tercera, hasta que un día, luego de cinco hojas marcadas, dejé de contar. Después de eso no volví a saber de ella ni de mi abuela. Ahora sí, del pasado ya no quedaba nada.

Yuliana, doce años.



La máquina del tiempo

Son dos equipos, yo soy la más grande del mío, pero es mi primera vez en este juego. Cristóbal, Heidi y Helen tienen más experiencia que yo, aunque los doble en estatura y les lleve más años de los que puedo contar con los dedos de las manos. Ellos están listos, emocionados. Saltan de un lado para otro ansiosos por comenzar. Yo siento algo de nervios, hace mucho que no hago algo así.

Nuestra bandera es un recogedor, pero aquí la imaginación no tiene límites. Estamos convencidos de estar sosteniendo una de verdad y vivimos para defenderla. Hacemos la división de territorios, el otro equipo se va con su bandera a donde no podemos verlos y nosotros hacemos lo mismo. Formamos un círculo e igual que un equipo de fútbol extendemos nuestros brazos para quedar entrelazados, agachamos la cabeza y comenzamos a fabricar nuestra estrategia.

Mientras susurramos el plan, Heidi propone esconderla en la copa de un árbol, debemos aprovechar el talento de Helen. Es la mejor escaladora de árboles que conozco. Ya está decidido, buscamos el indicado y Helen trepa con nuestra bandera mientras los demás vigilamos que nadie nos espíe. La camufla en lo más alto y baja para indicar que nuestro equipo está listo para salir en busca de la bandera del rival.

Comienza el juego, ambos equipos corren en direcciones opuestas hacia el territorio del contrincante. Nos dividimos para la búsqueda: Heidi y Helen se van a la parte posterior, donde antes funcionaba una huerta; Cristóbal se encarga de revisar el techo y yo busco en la parte baja de la casa. De repente se escucha un grito, Heidi ha caído en un hueco profundo lleno de ramas con espinas, intento ayudarla dándole la mano y termino dentro con ella. Hay un ataque de risa generalizado, Helen desde afuera parece que va a orinar sus pantalones y nosotras clavadas en el agujero no podemos hacer nada para salir porque nuestros cachetes y estómago nos duelen por las carcajadas. Finalmente, Cristóbal encuentra la bandera del equipo rival, ¡ganamos el juego! Y vienen a ayudarnos.

Ellos son como una máquina del tiempo, basta pasar diez minutos a su lado para sentirte una década más joven. Nunca pensé defender un recogedor con tanto fervor.

Alexandra, comunicadora social, veintitrés años.



Niños bajo la lluvia

Me gusta sentir las gotas de lluvia rebotando en mi cabeza, mis zapatos inundándose y los dedos de los manos arrugados como los de un viejito. También me gusta que la ropa se pegue a mi piel y sacudirla con fuerza, correr en medio de los charcos y salpicar a quien viene detrás. La lluvia me pone feliz.

Todos corren, se escuchan gritos de alegría, los valientes jugamos lleva bajo las intensas gotas de agua que caen del cielo. Los cobardes se refugian bajo una sombrilla acurrucados para no mojarse. Mis piernas son tan pequeñas que no puedo correr tan rápido como los demás, pero no le tengo miedo a caerme, trepo a cualquier cosa que encuentre. Soy bueno escalando.

Ahí viene, Cristóbal corre con fuerza para alcanzarme, el pasto mojado hace que me deslice y caigo al suelo. Me levanto. Corro lo más rápido que puedo esquivando los columpios que se atraviesan en mi camino. Cristo está cada vez más cerca. Paso por debajo de los pasamanos y llego a la malla que conduce al resbaladero, decido subir para distraer a mi cazador, pero al llegar a la cima noto que me ha seguido. Está trepando la malla más rápido de lo que yo lo hice. No tengo otra alternativa más que lanzarme. Tomo impulso y lo hago.

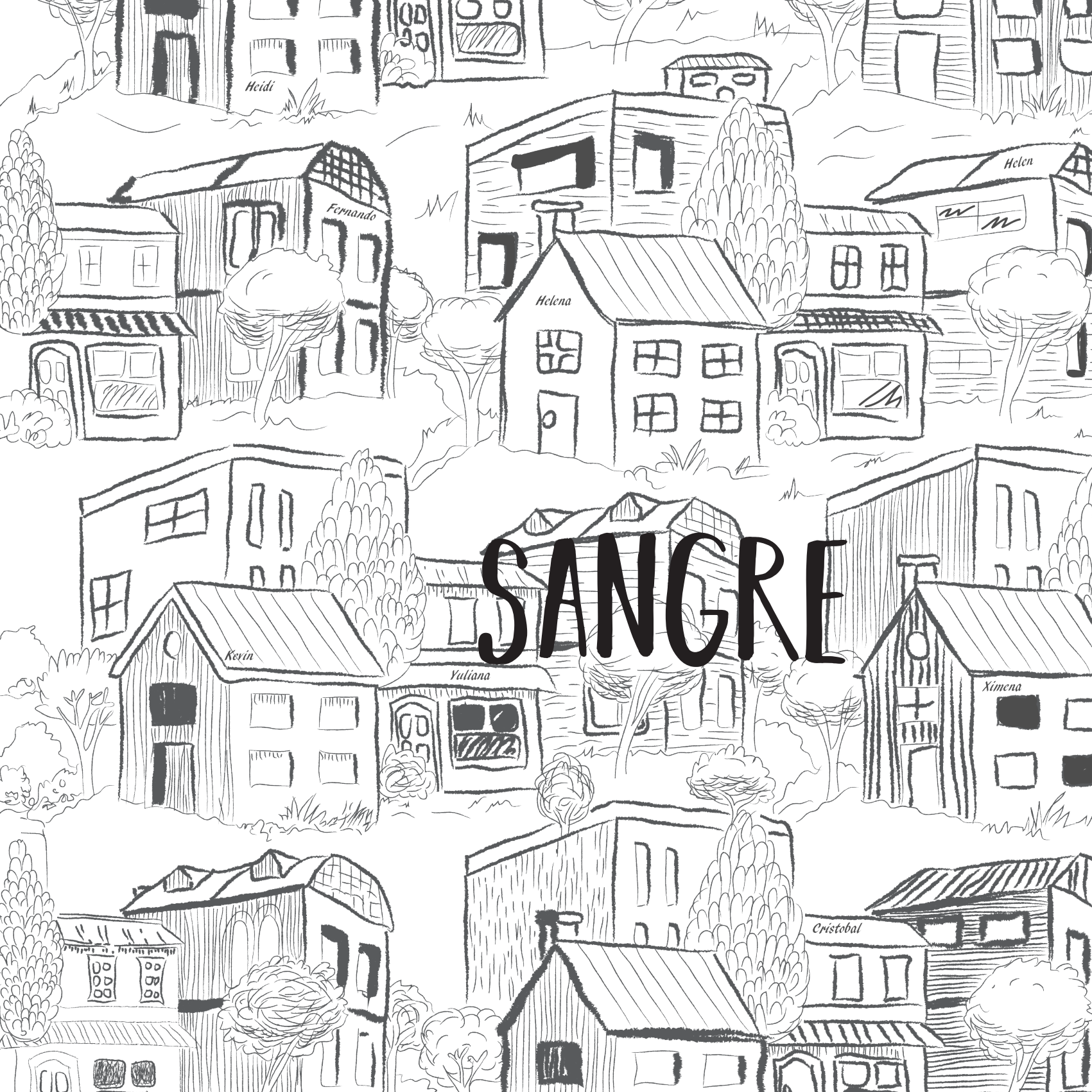
La lluvia hace que vaya más rápido de lo normal, la sudadera que llevo puesta se recoge un poco y mis manos se aferran a los lados de la estructura para disminuir la velocidad, pero no lo logro. Después de unos segundos siento como mis piernas entran con potencia a un enorme charco que se ha formado al final del resbaladero, caigo sentado. No veo nada, el agua salpica tan alto que me cubre por completo. Intento levantarme, pero antes de que lo logre, Cristóbal cae detrás, el agua se levanta nuevamente y en medio de la confusión me pega la lleva. Ahora soy yo el cazador.

Kevin, ocho años.




Heidi
Fernando
Helena
Helen
Kevin
Yuliana
Ximena
Cristobal

LAZOS DE


Heidi
Fernando
Helena
Helen
SANGRE
Kevin
Yuliana
Ximena
Cristobal

Tengo la sangre sucia

Del cielo caían piedras que rebotaban por toda la casa, teníamos que esquivarlas o escondernos bajo la cama para no salir heridos. Eran muchas, la luz pasaba por los agujeros que se habían formado en el techo y se escuchaban gritos fuera de la casa: le exigían que se marchara.

Pasaron varias horas hasta que las piedras dejaron de caer y las voces alteradas quedaron en silencio. Todos quedamos tendidos en medio de las piedras y entramos en un sueño profundo, pocas veces se sentía tanta calma en aquella casa. Cuando el sol que pasaba por los agujeros del techo comenzó iluminar directamente mi rostro, desperté, miré a mis hermanos que aún dormían y salí de la habitación. Ella no estaba, la casa era tan pequeña que no me tomó mucho recorrer cada rincón para cerciorarme de que estábamos solos.

Uno a uno los otros dos se fueron despertando, la puerta estaba asegurada con llave y la única ventana de la casa era también nuestro único contacto con el exterior. Podía escuchar crujir nuestros estómagos, llevábamos horas sin comer y el hambre nos tenía débiles. Recuerdo que tomábamos agua del grifo para calmar los crujidos por ratos, mi hermana mayor era quien llenaba los vasos, pues era la única que alcanzaba. Mi hermano y yo ni parándonos en puntitas lo lográbamos.

Así pasaron varios días. Al principio la hora de dormir era un alivio porque no sentíamos hambre, pero luego era tan fuerte el sonido de nuestros estómagos que no podíamos conciliar el sueño. No sé exactamente cuánto tiempo pasamos encerrados y sin comer, pero cada minuto se volvió eterno. Un día mientras jugábamos con las piedras que habían caído dentro, escuchamos la puerta, alguien la estaba abriendo. Salimos corriendo hacia la entrada esperando que fuera ella de vuelta, pero apareció una señora que nunca antes habíamos visto. Nos dijo que sabía dónde estaba mamá, que teníamos que ir con ella. Esa fue la última vez que estuve en esa casa.

"El barrio le cogió fastidio, le tiraban piedras a la casa y destruyeron el techo.
La amenazaron con matarla si no se iba".

Nos reencontramos con ella, tenía un vestido azul y unos collares que colgaban de su cuello. Subimos a un carro que anduvo por horas hasta que llegamos a la finca de mi abuela, donde vivía con mis tíos, todos varones. Era una casa de madera en medio de la nada, estaba en la mitad de una montaña, más arriba había un cementerio y aún más arriba estaba el colegio en el que estudiaríamos. Miré los ojos de cada una de las personas que nos recibieron y ninguno me dio confianza, había mucha tensión entre ellos y mi mamá. Mis hermanos y yo no entendíamos nada de lo que estaba pasando y con la falta de comida apenas podíamos mantenernos de pie.

Entramos a la casa, nos llevaron a la cocina y sirvieron una taza de chocolate para cada uno. Estaba hirviendo, el queso flotaba dentro y parecía derretirse, los tres lo tomamos tan rápido que ni siquiera sentimos que se quemaran nuestras lenguas. Recorrimos la casa, era grande, mucho más grande que donde vivíamos en la ciudad. Nuestra habitación tenía un techo alto de madera como el resto de la casa, pero estaba lleno de murciélagos. Cada noche ahí fue una tortura para mí.

Al terminar el recorrido mamá ya no estaba, había desaparecido por segunda vez. Sentía mucho miedo, aunque esas personas decían ser nuestra familia, para mí eran unos extraños. Comenzaron a pasar los meses, todos los días mi abuela nos levantaba muy temprano para ir a recoger leña con mis tíos, nadie se podía quejar, no había oportunidad de descansar en el camino, hacerlo era el error más grande que podíamos cometer. Era un castigo seguro.

Mis tíos disfrutaban de alzarnos de los pies y meternos de cabeza a un tanque lleno de agua, nos sacaban cuando creían que ya no podíamos respirar y luego otra vez hasta el fondo. La primera vez que vi que le hacían eso a mi hermano Jairo, empujé a mi tío mientras le decía que lo soltara, que le iba a contar a mi abuela; finalmente lo soltó y me agarró a mí de los pies para sumergirme también. Cuando le conté a mi abuela no pasó nada, no dijo nada. Desde ese momento supe que ella tampoco era una buena persona. Todo siguió igual, a Jairo una vez le bajaron los pantalones y lo tiraron a un hormiguero. Esa finca se convirtió en un infierno.

"Mi vida era corriente, el maltrato de mis tíos, la ignorancia de mi abuela y el abandono de mi mamá".

En el tiempo libre nos escapábamos a jugar al cementerio que quedaba un poco más arriba en la misma montaña, pasábamos horas comiendo mangos dentro de un hueco que parecía una tumba, pero que no tenía muerto. Eran los únicos momentos buenos del día, lejos de esa casa, de mis tíos, de mi abuela; era nuestra manera de escapar. Pasaron algunos meses antes de que nos descubrieran, después todo volvió a la normalidad. Como siempre, si alguna vez teníamos un respiro de tranquilidad, ellos estaban ahí para acabarlo.

Una noche llegaron muchos hombres encapuchados, vestían totalmente de negro, iban en caballo o moto, no recuerdo bien, pero también eran de color negro. Los vimos desde la ventana de una de las habitaciones cuando se aproximaban por el camino que conduce a la finca. Mi abuela nos cogió a mis hermanos y a mí y nos escondió en un pequeño altillo que había en su habitación. Los hombres rodearon la finca, algunos se subieron al techo, mis hermanos y yo estábamos acurrucados temblando. No podíamos ver nada, solo escuchábamos.

Preguntaban de manera insistente por un primo que vivía ahí con nosotros, gritaban que no se escondiera, que saliera. Ellos ya sabían que él estaba ahí. Después de un rato salió, los hombres se lo llevaron y nunca más se supo de él.

"Mi familia es de un destino muy cruel, y aún ese destino se sigue viendo en los hijos de los hijos. Yo quiero cambiar mi destino".

Fueron muchos años después de salir de esa finca que me enteré que mi familia era guerrillera, incluso mi padre, por eso no pudo darme su apellido. Los castigos de mi madre, mi abuela y mis tíos eran muy violentos, por eso mamá huyó de la ciudad; los vecinos no querían a alguien así en el barrio. Lo que no sabíamos es que íbamos a llegar a un lugar peor y que ella se iría de nuevo. Los días en la finca eran duros, uno no podía llevar la contraria en nada porque tenía consecuencias. Ir al colegio era difícil porque quedaba bien arriba en la montaña y yo solo tenía cinco años, las piernas se me cansaban rápido.

Una mañana mi abuela se acercó a mí y me dijo que no se me ocurriera saludar a mi mamá, que me iba a pegar si lo hacía, pero no le hice caso. Ella llegó después de un año sin verla, yo tenía mucho miedo por lo que me había dicho mi abuela, pero corrí a saludarla. Recuerdo que comenzaron a discutir muy fuerte, escuchaba tantos gritos que no lograba entender ninguna palabra; mis hermanos y yo nos hicimos en un rincón mientras todos los adultos peleaban. Ella se desmayó y mis hermanos corrieron llorando a abrazarla, estaba tendida en el suelo, inmóvil. Y yo seguía en el rincón observando, mi hermana me preguntó por qué no lloraba, pero no pude responder, es una pregunta que me hice por años. La verdad es que no sentí nada al verla caer.

Cuando amaneció, mamá nos dijo que nos llevaría a un lugar lleno de juguetes, que alistáramos todo porque nos íbamos. Volvimos a recorrer el camino que un año atrás nos había llevado a ese infierno. Pasé todo el tiempo mirando por la ventana, esperando nunca regresar.

"Yo recuerdo de donde provengo y cada día me arrepiento porque vengo de sangre asesina, corrupta. Tengo la sangre sucia".

Después de varias horas llegamos a la ciudad, entramos a un lugar con inflables y una piscina de pelotas, mis hermanos estaban muy distraídos jugando y aunque yo también jugaba, siempre estaba pendiente de mi mamá. Luego de un rato ella se levantó y caminó hasta la puerta, yo corrí detrás de ella y le tomé la mano; me dijo que ya volvía, que me quedara ahí. Pasé mucho tiempo de pie en frente de esa puerta esperando que volviera, pero eso nunca ocurrió. Después de un largo rato se acercó una mujer de cabello corto, me tomó la mano y me dijo "Yo soy tu nueva mamá". Esa fue la última vez que vi a mi madre biológica.

"Quiero dejar una parte del pasado atrás, olvidar mi infancia".

Heidi, quince años.



Heidi pintó la parte inferior de su máscara como el universo, una recreación de la cantidad de incógnitas que representa ella para quienes la rodean.



Estos frascos sellaron una promesa entre Heidi y sus hermanos. En esa promesa juraban cambiar su destino a partir del día que se reencontraran. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que se vieron, que Heidi ya perdió la esperanza de volver a verlos.





Un corazón para cuatro

Yuliana no tiene un solo recuerdo previo a su institucionalización en Bienestar Familiar; con apenas meses de nacida, sus ojos se abrían a diario en una sala cuna y sus oídos se acostumbraron rápidamente al llanto de muchos otros niños como ella. Desde entonces, su infancia se ha desarrollado en compañía de madres sustitutas, profesoras de colegio, psicólogos y niños que, al igual que ella, hacen parte del ICBF.

Las razones por las cuales los niños ingresan a Bienestar Familiar son tan diferentes como la mirada de cada uno de ellos; abandono, muerte accidental o violenta de los padres, incompetencia de éstos para hacerse cargo, falta de recursos y, en el peor de los casos, situaciones de abuso físico y/o sexual. En el caso de Yuliana, la razón que la puso a puertas de la organización, fue el rechazo.

Yuliana no llegó sola; su familia, por quien da su vida entera, está compuesta por sus hermanos de sangre, todos mayores y todos varones. Ella, una niña de voz ronca, de cabello castaño claro y de una sonrisa pequeña enmarcada en dos cachetes que cualquier tía adoraría pellizcar, es probablemente la causa de que todos estén allí. Su pecado, haber nacido siendo mujer.

- Ese señor era muy malo, hasta estuvo en la cárcel- dice con respecto al hombre que la engendró. El mismo hombre que la puso a ella y a sus hermanos en el ICBF. – es que él mató a mucha gente-

Pudo tratarse de un sicario, pudo tratarse de un guerrillero o un paramilitar, o pudo ser una simple historia que le contaron a Yuliana para menguar el dolor que le produciría saber que ese señor, que es su papá, no quiso quererla ni antes, ni después de nacer.

La vida de Yuliana corrió peligro mucho antes de ver la luz del mundo fuera del vientre de su mamá. Al saber que el bebé que venía en camino era una niña y no un varón, las amenazas en contra de su vida comenzaron a ser cada vez más recurrentes. Era imperativo darle fin a

ese embarazo, pero por cuestiones divinas, casualidades mundanas o simples azares del destino, el embarazo llegó a término. Su llanto fue leve y tranquilo, tal vez por el total desconocimiento de la situación, o también porque llegó al mundo con la templanza suficiente para soportar cualquier dificultad. En ese preciso momento, era difícil imaginar que podrían ser tantas.

El peligro luego de su nacimiento no cesó. Su papá era la personificación de la muerte, esa figura de capa negra y hoz afilada que va por el mundo reclamando vidas a su antojo. Una personificación que en este caso no sólo estaba dispuesto a utilizar una herramienta filosa, sino cualquiera que estuviera a su alcance. Estaba convencido que tenía que "enmendar" un error: después de todo, ella no debía haber nacido.

Desesperación, miedo, cansancio, impotencia y otros sentimientos de angustia, cayeron como avalancha sobre la mamá de Yuliana, quién decidió ponerlos al cuidado de un ente regulador. Fue así como la bebé recién nacida y sus hermanos, se volvieron parte de los cerca de ochenta mil niños que actualmente están en custodia del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. Pasarían muchos años para que hubiese un re-encuentro entre ellos y su progenitora.

A partir de ese momento los hermanos de Yuliana se convirtieron en sus guardianes. Aunque ella sabe que no todos tienen la desdicha de compartir el mismo papá, eso no ha disminuido su amor por ellos. Sus genes maternos en común los hicieron crecer unidos en medio de un ambiente donde todo es incierto. Sin saber si algún día volverían a saber de su familia, los niños terminaron por construirse una. A pesar de la carencia afectiva que sufrió los primeros meses de su vida, Yuliana forjó un lazó grueso y estrecho de amor correspondido entre ella y sus hermanos.

El Instituto Oscar Scarpetta de protección infantil es el primer recuerdo claro que tiene Yuliana de su infancia. Una casa ubicada en el corregimiento El Hormiguero en la vereda Cascajal que ha funcionado durante 87 años al servicio de la población infantil más vulnerable. Ella y sus hermanos pasaron alrededor de tres años en ese lugar en la modalidad de internado. Sin embargo la mayoría de sus recuerdos no son gratos.

“Las profesoras del instituto nos pegaban todo el tiempo y nos hacían llorar, pero si llorábamos era peor. Mi hermano me contó que me robaban las cosas que nos traían”.

Tras unos años en el Scarpetta, lugar donde conoció a una de sus mejores amigas de la actualidad, a Yuliana y a sus hermanos los enviaron a la aldea. Una modalidad del Bienestar Infantil que consiste en una serie de casas ubicadas como un conjunto residencial, en las cuales viven los niños y niñas en compañía de madres sustitutas a las que llaman “tías”.

Yuliana y sus hermanos llegaron a vivir a un lugar que, para ellos siendo niños, era todo un paraíso que tenía su valor no en sus espacios y los beneficios que recibían, sino en la posibilidad de compartir junto a muchos otros niños que ahora, eran como vecinos.

“Yo me acuerdo que llegué de noche con mis hermanos y ya al otro día los niños comenzaron a llamarnos a jugar”.

Si bien la Aldea brinda comodidades y cierta libertad que en otros centros los niños no tendrían, es descabellado pensar que para llegar ahí se cuenta con suerte: las razones por las cuales los niños ingresan allí, y las trayectorias de vida que han tenido que recorrer para estar en la Aldea, son todo menos motivos de celebración.

Sobre la cama de Yuliana hay un perro de peluche, con orejas largas, tenis y cachucha llamado Toby. Fue un regalo que le dio su hermano Óscar, 7 años mayor que ella, hace ya algún tiempo. Toby tiene los ojos grandes y escurridos, una nariz redonda parecida a una bola de ping pong y los cachetes tan hinchados como los de ella. Es su juguete favorito, el que más quiere en todo el mundo y con el que duerme cada noche.

Yuliana ya tiene 12 años. Es una niña sana, inteligente y muy fuerte que cursa sexto grado en el colegio. Odia las ciencias sociales y naturales como materias de clase, pero le encantan los árboles y la naturaleza. Tiene un árbol de guayaba y de mango en su casa y adora treparlos para bajar frutas. Su comida favorita es la italiana, en especial la lasaña y el espagueti y sus jugos favoritos son el de mango y el de Borojó.

A su corta edad Yuliana habla de su historia como algo insignificante que no le afecta en absoluto. Tal vez los años o tal vez su relación con sus hermanos, la hicieron llenarse de confianza y seguridad para hablar de tanto dolor con madurez. Sin embargo, el recorrido le trajo de vuelta un familiar del pasado, una tía, hermana de su mamá, que los visita de vez en cuando y con quien pasan algunas fechas especiales. Aunque los niños en la aldea pueden tener contacto – en algunos casos- con sus familiares, la tía de Yuliana no puede hacerse cargo de ella ni de sus hermanos. Años atrás, cuando sus papás perdieron la custodia absoluta de los niños, éstos pasaron a ser niños del Estado, con una posibilidad remota de ser adoptados por alguna familia, debido a ser un grupo numeroso.

El teléfono de la casa en la Aldea ha sonado tres veces. Yuliana está sentada frente al computador viendo vídeos de canciones y preparando los pasos de baile de una coreografía.

- Yuli, dile a tus hermanos que empaquen ropa. – le dice a Yuliana la persona que levanta la bocina.

- ¿Nos vamos a donde mi tía? – pregunta ella pero nadie le responde. - ¡Alisten ropa, nos vamos para dónde mi tía! – grita al tiempo que sube corriendo las escaleras.

En la casa están todos menos su hermano Óscar, quien salió temprano en la moto a hacer una visita y Carlos que hace un tiempo abandonó la Aldea.

Los niños ya no son niños: Carlos, el mayor tiene 22 años y ya no vive con ellos; Decidió retirarse del programa y ahora vive en una casa cerca donde Yuliana lo visita de seguido. Oscar tiene 18 años y se acaba de graduar de bachillerato del colegio; hay una foto suya el día de su grado colgada en la pared del comedor. Se parece mucho a Yuliana; John Edward tiene 16 años y Rubén tiene 14.

Los tres hermanos menores ya están listos cuando alguien toca la puerta. Es don Hernán, el gerente de la aldea.

-Siéntense niños. Hay algo de lo que vengo a hablarles.

¿qué pasó?

-Su hermano Óscar tuvo un accidente.

-¿y qué le pasó? – pregunta Yuliana inquieta.

Falleció.

Esa última palabra se queda dando vueltas en su cabeza durante varios minutos. Ve que sus hermanos están llorando pero no los escucha. Sus oídos se han cerrado ante cualquier palabra adicional y ella sigue impávida y fría sentada sobre un sillón de la sala. Una sombra negra le eclipsa los ojos, siente que sus labios se adormecen y finalmente, todo queda en blanco.

Óscar había salido temprano en la mañana. Tenía que recorrer casi 32 kilómetros sobre su moto para llegar a un pueblo cercano llamado Vijes, que queda después de Yumbo. A mitad de camino un conductor imprudente de un tracto camión, se llevó a su paso la moto de Óscar y la de otra mujer que también iba en la vía. Ambos murieron instantáneamente en el lugar.

Yuliana ha recuperado la conciencia y está con sus hermanos en la casa de Felipe, el mejor amigo de Óscar que aún no cree que la noticia sea cierta. No ha comido desde que salió de la Aldea y se rehúsa a recibir cualquier alimento. Los niños y niñas de la Aldea van en camino hacía en lugar del accidente donde se verán con ella y sus hermanos.

Durante el funeral los asistentes muestran sus condolencias y se escucha el eco del llanto abrumador de quienes llegan. En medio de la escena, una risa a carcajadas se roba la atención: es Yuliana que se ha cansado de llorar. Su risa se torna rápidamente en llanto y su llanto se vuelve nuevamente risa. Está en shock.

Pero el lugar no sólo ha reunido a las personas más cercanas a Óscar, sino a quienes hace algún tiempo, habían dejado de existir.

¡es su culpa, es su culpa!- grita Yuliana desde una esquina del salón a dos mujeres que se han acercado al ataúd.

Se trata de la mamá biológica de los niños y una pequeña de 15 años que la acompaña. Una niña que es hermana de Carlos, Óscar, John Edward, Rubén y Yuliana, pero que nunca fue dejada al cuidado de Bienestar familiar. Una niña que no sufrió jamás de rechazo por parte de su padre, el que comparte con Yuliana, sino que al contrario terminó convirtiéndose en su adoración. "La luz de los ojos" de la familia, la niña que vale por todos.

Semejante verdad había llegado a los oídos de los niños hace muy poco y Óscar sintió la necesidad de encontrarlas. La mañana del cuatro de diciembre de 2016, tomó su moto y se dirigió a Vijes para abrazar a su hermana. Había hablado con ella y tenía claro que no iba a dejarla, sino que se la llevaría con él de vuelta a la Aldea. Pero nunca llegó.

- Si ella no hubiera aparecido, mi hermano no estaría muerto- dice Yuliana hallando un culpable. – Yo a esa señora no la quiero, ¡no la quiero!; solo apareció por lo de Óscar para reclamar el dinero de la demanda. Esa señora no es mi mamá.

John Edward se fue de la Aldea. Después de la muerte de Óscar no fue fácil para ninguno continuar con una vida normal y él decidió alejarse del espacio que más le recordaba su presencia. Yuliana en cambio habla con él todas las noches y le pide que la ayude en sus exámenes finales de ciencias naturales y sociales.

Ella y sus amigos de la Aldea están jugando con unas cartas que tienen preguntas

-A ver Kevin, diga algo que usted nunca haría- le pregunta Yuliana.
-No sé- responde Kevin
-Diga que usted nunca se suicidaría- le dice Helen, otra de las niñas de la Aldea. Todos son niños entre 8 y 14 años.
-¡Eso! Yo nunca me suicidaría- responde Kevin
-Yo si- dice Yuliana con la voz un poco más baja. - Si otro hermano se me muere, yo me mató.

IT's
ALL
about
the Angel







Hablar, recordar, olvidar
Dicotomía de dos hermanos

-La casa era muy grande, tenía tres pisos y una terraza. Se veía todo Siloé, mejor dicho, todo Cali. El sol se escondía por la parte de atrás y quedábamos llenos de su luz amarrilla. A mí me gustaba subir a la terraza todas las tardes después del colegio porque siempre llegaba con mis amigas y nos la pasábamos jugando de todo allá arriba; como era grande podíamos correr, ser libres. Tenía muchas amigas en el barrio y eso fue lo que más me dolió de dejarlo. ¿Cierto Kevin?

-Yo de la casa no me acuerdo casi, sí había una terraza, pero a mí no me dejaban subir porque estaba muy pequeño. Helen me cerraba la puerta para que no entrara. Del resto de la casa solo me acuerdo de la sala, siempre me quedaba mirando por la ventana esperando que mis papás volvieran, se iban a trabajar desde temprano y nos dejaban solos hasta por la noche.

-Mentira, nos dejaron solos una vez y ese fue el día que la chismosa del barrio llamó a los de Bienestar Familiar para que nos sacaran de la casa, ¿no se acuerda? – No es cierto, siempre estábamos solos, yo estaba pequeño, pero me acuerdo porque me daba hambre y no alcanzaba a coger el pan que ponían encima de la nevera, me tocaba subirme en un asiento. Eso pasó muchas veces.

-La gente es muy chismosa, esa señora era conocida por eso, tanta cosa que inventó y vea, usted se pone a creer. -Yo no sé, yo digo lo que me acuerdo. Allá me aburría mucho porque no tenía con quien jugar, como era el hermano menor no me dejaban hacer nada. Ni mis papás ni mis hermanos.



-Kevin es muy exagerado, nosotros si lo dejábamos jugar, lo que no podía era subir a la terraza. Igual usted estaba muy pequeño y por eso no se acuerda bien de las cosas; mis papás mantenían en la casa, solo fue una vez que nos dejaron solos. Mi papá trabaja en construcción y llegaba a medio día, mi mamá trabaja en un restaurante donde entraba como a las cinco de la tarde y volvía en la madrugada.

A

L

D

E

-Helen habla mucho, mi papá llegaba por la noche, con la ropa sucia y la frente llena de sudor. Mi mamá dormía todo el día, es lo mismo que dejarnos solos. Cuando no dormía se iba desde temprano y no la veíamos sino hasta al otro día. Ellos peleaban siempre que mi mamá iba a salir, no me acuerdo qué se decían, pero siempre discutían.-Usted en qué casa vivía, enano, las cosas no eran así, ellos se la llevaban bien. – Mentira, yo me acuerdo que no. Y mi mamá ya no trabaja en un restaurante, deje de decir eso, ella está en la cárcel.

A

- A ella la iban a meter a la cárcel porque le inventaron que se había robado una bicicleta, pero eso era mentira y la dejaron libre. – Parezco mayor yo, ¿por qué cree que no la volvimos a ver? Ella está en la cárcel, yo no sé lo de la bicicleta, pero libre no está. La casa en la que vivíamos ya no existe, mi papá la vendió y ahora vive con mi abuela, antes éramos cinco hermanos y mis papás. Ahora el único que queda libre es él. Los cinco vivimos acá en la Aldea y hace años que no los vemos.

-A Helen le gusta escaparse al río porque dice que de pronto se encuentra a mis papás, a mí me gusta ir porque es divertido. Aunque la caminada es bien larga, nos demoramos como dos horas en llegar, pero vale la pena; hay charcos hondos donde podemos nadar, también hay una parte bajita donde nos gusta saltar de piedra en piedra. El otro día Helen se cayó y se cortó debajo del ojo.



-Yo no me caí, me hiciste caer, pensé que me ibas a empujar y me resbalé. Se me enterró el filo de una piedra que me cortó un buen pedazo de piel y comenzó a salir mucha sangre. Como me dolía tuvimos que bajar y nos pillaron. La tía de acá de la Aldea nos castigó por escaparnos y yo estuve con la cara hinchada como dos semanas. Aun así no voy a dejar de escaparme para ir al río. Antes de llegar aquí, mis papás siempre nos llevaban, quizás un día de estos me los encuentre. -Yo no creo, hemos ido muchas veces y nunca vemos a nadie, ese río es totalmente solo. Igual a mí no me importa, yo solo voy por pasarla bien.

-A mí sí me gustaría volver a mi casa, a jugar en la terraza con mis amigas del barrio, a ver el sol ocultarse detrás de la montaña y a estar con mis papás. Los extraño mucho. – Yo ya dejé de extrañarlos, a ellos y a todo. Acá tengo muchos amigos, nunca me encierran en la casa ni me dejan solo. Cuando me echan del colegio me cambian a otro y ya. La vida acá en la Aldea es más tranquila, por mí que me dejen acá toda la vida.



Kevin y Helen, ocho y once años.




UNLIMITED

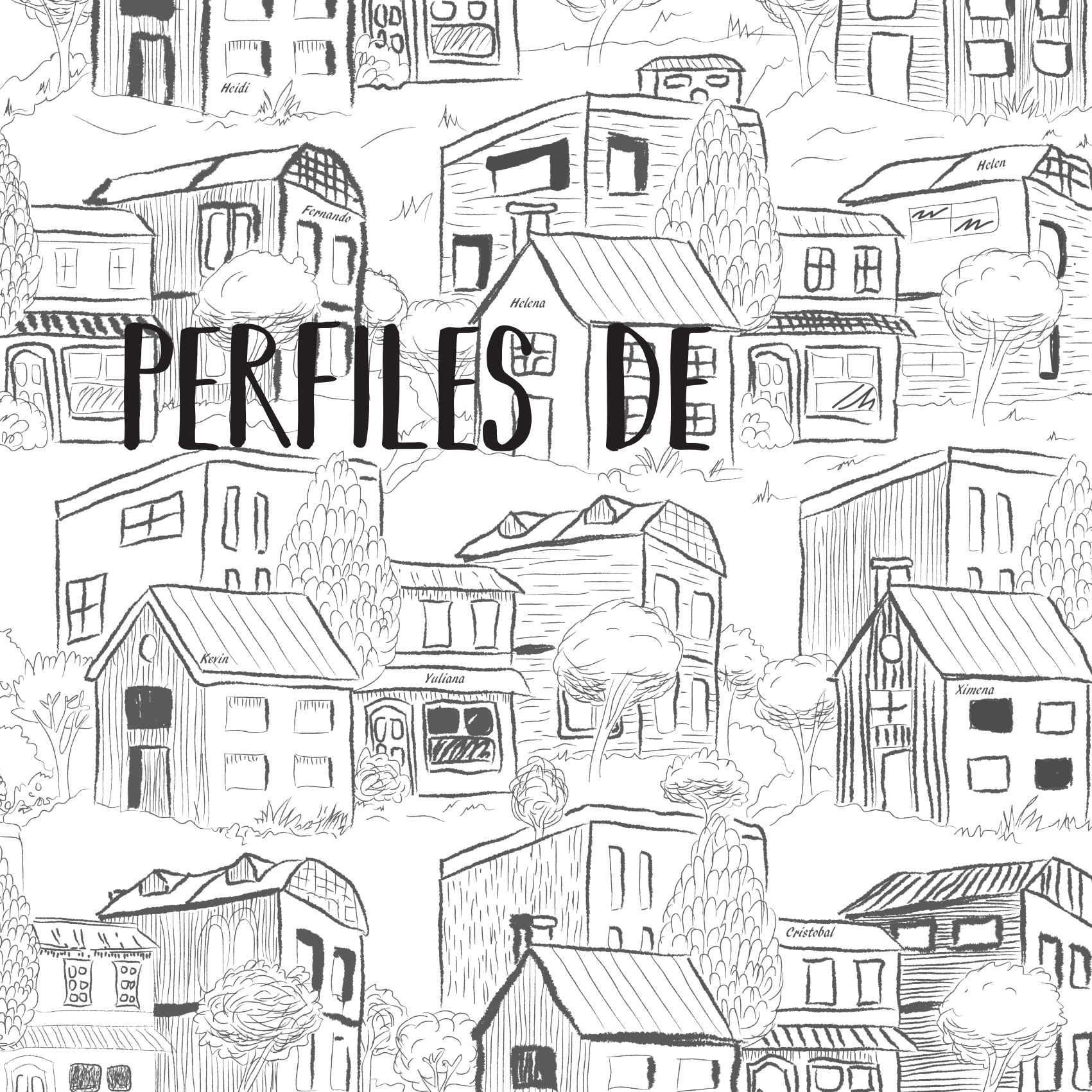




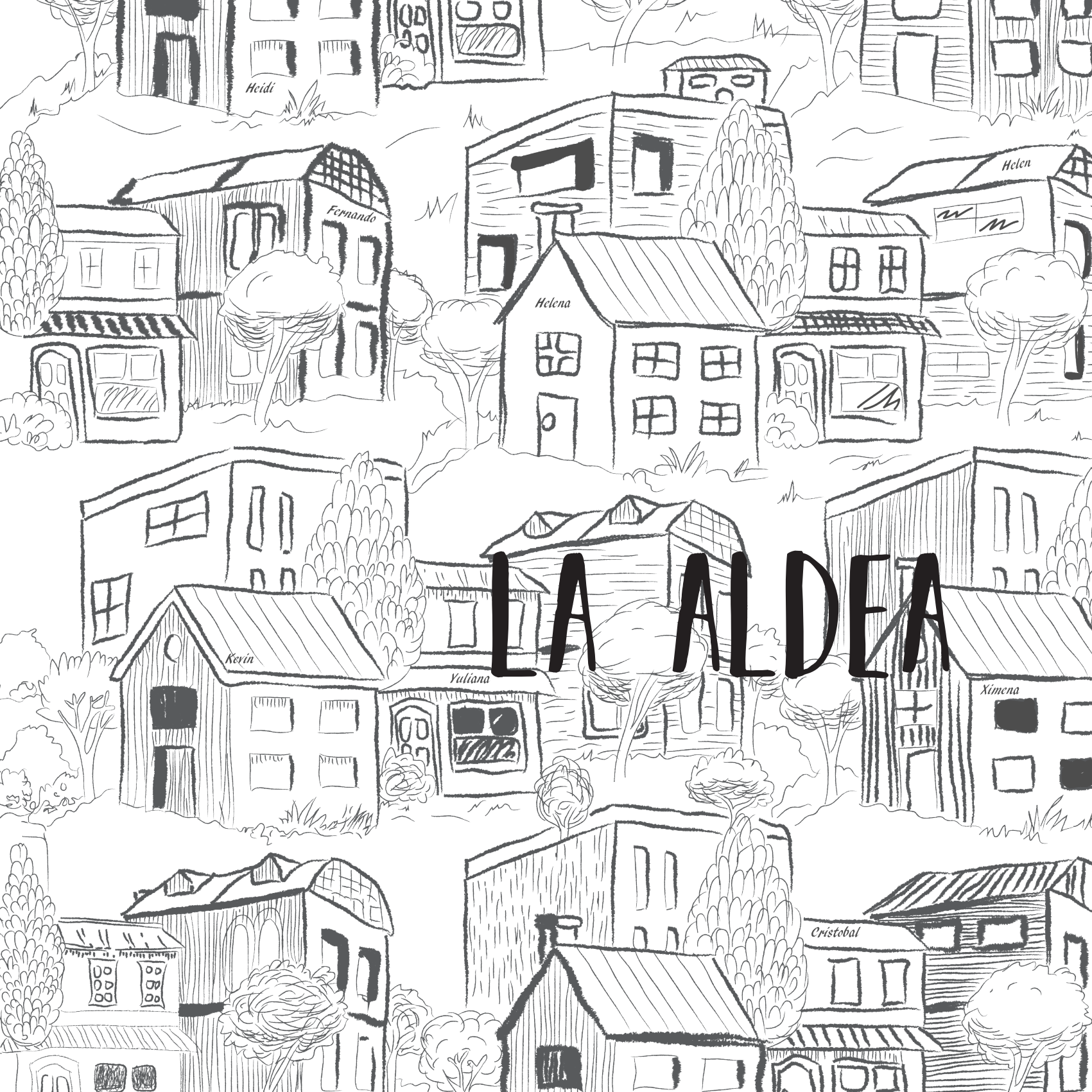
Helena y Helen se conocieron en la Aldea, desde entonces son mejores amigas.



A kevin le gusta andar en patines por la Aldea, esa es la razón por la que eligió hacer su autorretrato con ellos puestos. En su máscara quizo representar el contraste entre el día y la noche.


Heidi
Fernando
Helena
Helen
Kevin
Yuliana
Ximena
Cristobal

PERFILES DE


Heidi
Fernando
Helena
Helen
Kevin
Yuliana
Ximena
Cristobal

LA ALDEA

El niño de la sonrisa infinita

Se da la vuelta y me dice: "Yo quiero ser como El Guasón, que siempre tiene una sonrisa aunque esté triste". Lo miro directo a los ojos, le sonrío y le paso el pincel para que le de vida a la máscara de yeso que trae puesta.

Fernando tiene quince años, es delgado, alto y tiene unas pestañas tan largas que casi tocan sus cejas. Habla en voz baja siempre, es muy tranquilo y sonríe tímidamente cuando sus compañeros hacen chistes. Aunque es muy fácil hablar con él sobre la cotidianidad del día o lo superficial de la vida, es un chico muy reservado. A pesar de ser uno de los más atentos del grupo es a quien menos conocimos al final.

Me llama profe desde el primer día, me saluda de beso en la mejilla y es muy respetuoso con todo el grupo. Es el chico más grande, quizás por eso no se divierte de la misma manera que los demás, no le dan risa las mismas bromas y se concentra totalmente en el trabajo que está haciendo. Se la lleva muy bien con Heidi, que es la más grande de las niñas y tiene la misma edad que él. Ambos son muy atentos, ella lo molesta diciéndole que su espalda es muy erguida y que tiene una cola muy grande. Él se ríe y trata de jorobarse un poco.

También le dice que su elección de pintar la máscara como El Guasón le queda muy bien porque tiene la sonrisa muy grande. Fercho, como le decimos la mayoría, agacha la cabeza con un gesto de pena y sonríe de nuevo. Nunca parece molesto.

Dice no tener talento para la pintura y le pide a Heidi que lo ayude un poco. Me acerco para ver cómo van. Entre los dos pintan una gran sonrisa de color fucsia que atraviesa casi toda la máscara. Al parecer no tiene las capas de yeso suficientes y la textura es bastante blanda, frágil. Fernando la sostiene con una mano mientras pinta con la otra, Heidi rellena los espacios en blanco que va encontrando y no para de hablar de la enorme sonrisa de su compañero.

Fercho quiere estudiar medicina. Cuando le preguntan sobre su futuro no duda en responder lo mucho que anhela ser cardiólogo. Y estoy segura de que va a conseguirlo, es una persona supremamente dedicada en cada cosa que hace, además cuenta con el apoyo de su familia SOS y el programa de Aldeas infantiles donde el 22% de los participantes en 2016 accedieron a la educación superior.

Él fue quien hizo la máscara de yeso de Heidi y la que mejor quedó. Mientras los demás compañeros hacían dos y tres máscaras, él solo hizo la de ella. Cortó cuidadosamente cada tirilla de yeso a la medida de cada facción, esperó que se secara cada capa y repitió el proceso tres veces. Ya eran cerca de las seis de la tarde, todos habían terminado, recogido y Fernando recién estaba acabando con la única máscaras que elaboró. Nunca pensó en que no habría tiempo suficiente para hacer la suya, solo se dedicó hacer bien la de su compañera y por eso Heidi no pudo añadir más capas a la de Fercho.

Salgo a mirar cómo va la decoración de las máscaras de los demás niños y cuando regreso han pintado los ojos de El Guasón con lápiz porque la pintura negra la acabaron los demás. Me dice que la máscara ya está lista, pero que él quiere que le pinten el cabello de verde para que la foto quede bien. Todos sonreímos y las niñas se emocionan. Hei-

di y Helen son las primeras en tomar la pintura verde y los pinceles, él no se termina de levantar del suelo y ya le tienen una silla lista para que esté cómodo mientras le hacen el cambio de look.

Comienzan a pintarlo, el verde escurre por su cuello y llega a manchar la camiseta del colegio que trae puesta y que ninguno había notado. Intenta quitársela y es peor, la tiñe totalmente. Helen tiene once años y hace bromas sobre el cabello de Fernando, dice que no le entra la pintura y que está loco por haqer eso; él sólo sonríe y deja que ellas lo pinten a su antojo.

A Fercho le dicen "Choricito". Todos en la Aldea lo conocen así. Cuando pregunté por el origen del apodo nadie supo explicarme bien, hubo varias versiones alrededor, pero nunca supe con seguridad cuál era real. Él dice que cree que porque es negro y flaco, pero que hace tantos años le dicen así que ya no recuerda la razón. Parece que no le molesta, no se deja afectar por las bromas ni el apodo. Para él hay cosas más importantes, como concentrarse en su futuro.

Finalmente le pintan todo el cabello, está listo para su autorretrato, dice que quiere un lugar oscuro, que no se vea nada atrás; quiere que en la foto se destaque la máscara y no el fondo y que tenga un toque misterioso, como él. Nuevamente Heidi se ofrece a ayudar y llega Kevin, un chico de ocho años que nunca había tocado una cámara y resultó un genio de la fotografía.

Kevin propone el lugar, a Fernando le gusta y se sienta justo ahí. Como está tan oscuro les pido a los chicos que traigan mi celular y el de la otra profe para iluminarlo. Fercho está sin camisa, estira las piernas y pone sus manos en medio. Llegan Kevin y Heidi con los celulares, les pido que enciendan las linternas y que apunten hacia él. Le pongo la máscara a Fernando, Kevin le ilumina el rostro y Heidi el pecho, disparo la cámara y queda registrada una de las fotografías que más valoro por la manera como otros niños, además de Fernando, la hicieron posible.









Los chicos se levantan y se amontonan a mí alrededor para ver la foto, quedan encantados. Fernando en especial parece no creer que su idea ahora esté plasmada en una imagen, nos da las gracias a los chicos y a mí mientras sostiene la cámara. Parece hipnotizado con la representación que ha hecho de sí mismo.



Al terminar la actividad, Fernando fue el único que decidió quedarse para ayudar a limpiar el salón.





Este fue el resultado del trabajo en equipo y las buenas ideas de los niños.



Este gesto con los brazos hacia arriba es una pose recurrente en los chicos. Suelen usarlo cuando celebran que algo les salió bien.

Una pelota para viajar

Un balón rebota en sus pies 17 veces antes de salir disparado al fondo de la red. Es un gol lindo, limpio, un golazo. Sus brazos se alzan al cielo al mismo tiempo que corre a una esquina para celebrar y se desliza en señal de victoria. No importan las manchas de barro que hay en sus medias y en su uniforme blanco, tampoco el sudor que cae de su frente o el cansancio, la dicha de aquel momento vale la pena cualquier sacrificio, cualquier suciedad.

A sus 14 años Francia es una adolescente madura y segura de sí misma, a veces incluso más de lo que se podría esperar de una niña de su edad. No le gusta salir a jugar con los demás chicos de la Aldea y tampoco la televisión que tenga algún contenido infantil. Espera con ansias crecer rápido, estudiar, viajar.

Francia es probablemente la participante que menos asistió a los talleres que dictamos en la Aldea, a pesar de haberse mostrado entusiasmada el día en que le hicimos entrega de la invitación. Pudo deberse a su falta de conexión con el grupo, tal vez a una falta de interés por el taller o incluso al momento coyuntural que atravesaba pues se encontraba en los preparativos de su fiesta de 15 años.

Sin dudarlo, su madurez fue una de las causas de esa intermitencia; no era la mayor del grupo (Heidi es casi un año mayor que ella), pero sí la más franca, la más seria. Es una joven brillante, aplicada en el estudio, amante del deporte, pero una chica solitaria. – "No me gusta que me vean con las demás niñas de la Aldea, hay muchos chismes y yo no quiero que me relacionen con ellos- dice respecto a ese tema".

Según ella, la Aldea hace varios años era un paraíso para cualquier niño que llegaba, pero las cosas comenzaron a cambiar a medida que fueron creciendo. La adolescencia y la rebeldía de muchos chicos generó desestabilidad en la Aldea y muchas ma-

dres sustitutas que llevaban 5 o 6 años en la institución tuvieron que marcharse. Algunos chicos se fugaron y las niñas, especialmente las que tienen la edad de Francia, se vieron involucradas en comentarios que llegaron a oídos de todo el barrio. – "Si lo que quieres es una chica fácil, entonces búscala en la Aldea" era lo que se decía.





Francia tiene claro que no es esa la imagen con la que quiere que la relacionen y eso se debe en parte a la crianza que ha recibido: la madre sustituta encargada de su cuidado vive en una disputa constante con la mamá sustituta de Heidi, todo por ser la casa ejemplar de la Aldea. Ambas madres se han destacado por su excelente labor en la crianza de los niños que les son asignados, llegando incluso a recibir a los niños más rebeldes que son reubicados de las otras casas donde no se comportan. Son madres estrictas, severas, duras y que no les tiembla la mano cuando les toca castigar.

Esa severidad se nota en sus palabras y en su forma de actuar. La disciplina es la clave de su día a día y la aplica en sus deberes escolares, en sus partidos de fútbol y hasta en el cuidado de su larga y negra cabellera. Por ahora esa característica está puesta en un único tema: su fiesta de 15 años.

A pesar de que ha escuchado muchas veces que el fútbol es un deporte para varones, Francia disfruta cada segundo en la cancha. Le gusta correr detrás del balón, hacer pases estrella y gritar con euforia las victorias de su equipo. Pero también es una chica sensible y vanidosa, que anhela con cada célula de su cuerpo la llegada de la noche en que celebrará su paso de niña a mujer. Quiere un vestido pomposo, tacones y una corona, una fiesta en un salón muy decorado con pastel y co-



comida tipo buffet. Quiere que sus uñas estén arregladas, que su cabello se vea brillante, y que su maquillaje luzca perfecto. Quiere muchas fotos, muchas. Le gustan tanto que con el dinero recolectado se piensa comprar un nuevo celular.

Francia tiene novio hace tres años y es su única compañía en la Aldea, su amigo, su confidente y uno de sus vecinos. Cuando habla de él se transparenta en sus ojos cada uno de sus sentimientos por ese joven tres años mayor que ella. No cabe duda que se trata de su primer amor y como suele ocurrir en estos casos, imaginar que pasaran el resto de su vida juntos y enamorados, hace parte del día a día de su relación.

Sin embargo, a sus 14 años ella tiene claros los posibles rumbos que podría tomar su vida y en ambos solo queda trazado el inmenso deseo de viajar y recorrer el mundo entero. Quisiera estar a la par de Tatiana Ariza o Yoreli Rincón, integrantes de la selección colombiana de fútbol femenino y que la reconocieran también por ser una de las 'superpoderosas'. Quisiera ser convocada por equipos de liga profesional y hacerse una carrera como deportista, pero sabe bien que el camino no es tan fácil y que no basta con desear. Por eso, su alternativa es convertirse en auxiliar de vuelo:

si bien no le implica tanta actividad física como el fútbol, al menos sería un medio para alcanzar su sueño de viajar. Por ahora espera para graduarse y ver cuál de las dos opciones es la que termina por surgir.

****
****
***+
****
****
****
****
***
****
****
****
*****
****
****
****

Ha llegado la gran noche y Francia espera afuera del salón comunal para hacer su gran entrada, mientras dos filas de edecanes aguardan impacientes. Por sus rostros, muchos de ellos quisieran salir corriendo de ahí, pero los nervios que los anclan con fuerza al piso sirven como freno. Es momento del vals y sus pies se mueven por el salón con la misma ligereza que la que tiene cuando juega con el balón. La música inicia y ella luce radiante, justo como siempre lo soñó. Por cierto, su vestido es verde con azul, no rosado.





Estos son los objetos más importantes para Francia.



De izquierda a derecha: Helena, Francia, Yuliana.



Saltar es una manera de sentirse libre.



Kevin bajo la lluvia.

Cristo tiene la vida en sus pies

Va Cristo, va Cristo, pasa uno, pasa dos, pega y gol!!!! Narra su propio partido mientras imagina que el salón de clases es un gran estadio de fútbol y él un jugador famoso. Cristóbal tiene diez años, es un niño hiperactivo, inteligente, amante del trap y, sobre todas las cosas, apasionado por el fútbol.

Siempre lleva la camiseta de algún equipo, una pantaloneta y chanclas. Es hincha del Deportivo Cali y del Atlético de Madrid, quiere ser como Antoine Griezmann y entrena en una escuela de fútbol de la ciudad. Su tono de voz es tan fuerte que parece estar cantando un gol todo el tiempo. No se despega del balón, asiste a todas las actividades con él. Sabe lo que quiere y ya trabaja para conseguirlo.

Me pide que le tome una foto mientras corre con el balón, lo hago y se acerca para mirar, “Mucho jugador”, dice mientras se ríe y me pide que le tome más. Estamos a punto de comenzar la actividad del día y Cristo se ve diferente hoy, está más hiperactivo, dice más groserías de lo habitual y no socializa mucho con sus compañeros.

Cristóbal está en la Aldea desde los dos años, sus recuerdos, su vida, su formación y todo lo que es hoy en día, son producto de los ocho años que lleva aquí. Es un alumno brillante, mientras realiza las actividades es un ángel, pero en el tiempo libre es un terremoto. Todo el día canta canciones de trap. Cualquiera pensaría que un chico tan pequeño no entiende esas letras, pero he aprendido a no subestimarlos. “Si antes yo era un hijueputa ahora soy peor”, “Ya me acostumbré a clavarme a todas estas putas de tres en tres”, “No quiero dramas por eso enrolo un filisito de marihuana”, son letras que le he escuchado cantar hasta el cansancio y que ya tengo instaladas en mi memoria.

Llegan todos los niños, nos sentamos en el suelo uno al lado del otro para empezar el juego. Hemos llevado unas cartas con preguntas y penitencias para conocerlos más y

divertirnos al mismo tiempo. Son las cinco de la tarde de un viernes caluroso en Cali, el sol entra por las ventanas y llena de luz el salón. La piel de todos se ve de un color amarillo intenso y el sudor nos recorre la frente a pesar de estar bajo dos enormes ventiladores.

Pasan y pasan las rondas de preguntas, salen algunas penitencias, los niños bailan, se ríen, hacen maromas y le hablan a la cámara que llevo colgada en el cuello desde que comenzó la actividad. Cristóbal es el único desconectado, sigue cantando letras de trap, grita cosas para interrumpir a sus compañeros y hace comentarios sexuales durante todo el juego.

Como es natural, cada vez que sale una pregunta todos quieren responder aunque no sea su turno; esta vez, es el turno de Cristóbal, toma una carta y lee la pregunta: Si tuvieras la oportunidad de hacer un largo viaje por el mundo, a quién llevarías contigo. Todos los chicos comienzan a dar sus respuestas mientras él se queda en silencio pensando. Una de las niñas le dice que diga que con la mamá, pero Helen, otra de las compañeras grita que la mamá de Cristóbal está muerta y todos notamos un tono de burla en su comentario. Cristo le responde que sí y que prefiere que su mamá esté en el cielo y no en la cárcel como la de ella.

Quizás es una de las escenas más incómodas de mi vida, los chicos entran en una discusión acerca de qué es mejor, unos apoyan a Cristóbal y otros a Helen. Logramos calmarlos después de unos segundos y regresan al juego como si jamás hubiera pasado nada. Cristo esa tarde llegó con una energía diferente, agresiva, hipersexual y grosero, pero ese incidente lo devolvió a lo que es él usualmente: un niño atento, participativo y colaborador. Con seguridad ha pasado por cosas más fuertes que el comentario malintencionado de su compañera y por eso no se dejó afectar demasiado.

Ellos tienen la capacidad de borrar las cosas que se dicen y les hacen daño de manera inmediata, o por lo menos de aparentarlo. Al final de todo siguen siendo amigos, compartiendo los mismos espacios y jugando con el mismo balón.



Cristobal pintó lágrimas e interrogantes en su máscara, quería representar diferentes etapas de su vida.



Celebración después de conseguir bajar un mango que se encontraba en lo alto de un árbol.





Kevin y Heidi explorando diferentes poses
en el taller de autorretrato.

Espejito, espejito, yo soy la más bonita

Un baile es la solución perfecta para cualquier eventualidad: reuniones de padres, día del profesor, izadas de bandera, actividades extracurriculares y grandes eventos de la Aldea. El grupo de bailarinas está conformado por cuatro o cinco niñas que ensayan siempre a las seis o siete de la noche en el comedor de los niños pequeños. Allí conectan unos bafles o una grabadora que son suficientes para inventar las diferentes coreografías en las que todas aportan algún paso nuevo. Generalmente prefieren ritmos como el dance hall o el reggaetón y sus pasos requieren de mucha energía y resistencia física. Hoy una de ellas está cumpliendo 13 años.

Helena es una niña de tez oscura y cabello apretado armado en trenzas largas que llegan hasta su espalda. Uno de sus ojos es notablemente más entrecerrado que el otro, y su sonrisa siempre se dibuja hacia un lado de su cara en lo que, pareciera ser, una consecuencia de algún tipo de parálisis. De cualquier forma, Helena es una niña sana, hermosa y muy proactiva, tal vez, demasiado.

Mantener un tono de voz normal y bajo es una tarea que a Helena le cuesta mucha dificultad. Su voz siempre en ascenso termina constantemente en gritos con los que, de cualquier forma, se hace escuchar. Sus expresiones sobrepasan por mucho los decibeles de las voces de los otros niños, haciendo que muchos se retraigan. Ella es una niña imponente y fuerte, pero lejos de tratarse como dos grandes cualidades, en Helena son probablemente sus mayores defectos.

Helena está tendida en el piso del comedor de niños y Yuliana pone con delicadeza tiras de yeso mojado sobre su rostro. El salón es un desastre, pero los niños se divierten sobre el piso que se ha pintado de blanco. Ya pasó el turno de Helena para poner el yeso sobre su compañera y lo hizo excelente. La máscara de Yuliana quedó bien hecha y ahora se está secando sobre una de las mesas. Sin embargo, como estatua a Helena no le va muy bien.

Las tiras las pone Yuliana una a una tomándose su tiempo. Quiere hacer un gran trabajo y poder darle una máscara a Helena que quede igual de bonita a la suya, pero la tarea es muy complicada con Helena, que no para de hablar ni de moverse. En el proceso de hacer máscaras de yeso, siempre se cubre la parte superior de la cara primero, iniciando desde la frente hasta el mentón, con al menos dos capas de yeso para hacerla más resistente. Helena ya tiene los ojos cubiertos y no ha parado de hablar. Los otros niños que sirven de modelos a sus compañeros han tomado la oportunidad como un momento para la relajación, algunos incluso, se han quedado dormidos. Helena se sigue escuchando.

Llega el momento de tapar su boca y un enorme silencio se hace finalmente en el salón. Un silencio que no tarda demasiado en romperse cuando Helena se da cuenta de que, aún con la boca cerrada, puede seguir emitiendo sonidos. Sus manos están intranquilas y sus pies descalzos se mueven chocando contra el piso. No es mentira eso de que hay personas que hablan tanto que es posible que les salgan letreros en los codos.

El tiempo promedio que toma una máscara de yeso, para poder ser retirada del rostro sin que pierda su forma, es aproximadamente de 8 a 10 minutos, pero quisimos que la de Helena, tomara mucho más. Ella estaba desesperada: por medio de señas y sonidos dentro de su boca intentaba comunicarse con su compañera y con nosotras. Fueron alrededor de 15 minutos en los que ella no pudo quedarse en silencio absoluto. Cuando finalmente le dimos la orden de retirar la máscara, Helena volvió a la vida. Se levantó rápidamente del suelo y comenzó a platicar y a moverse comparando esa experiencia con una tortura.

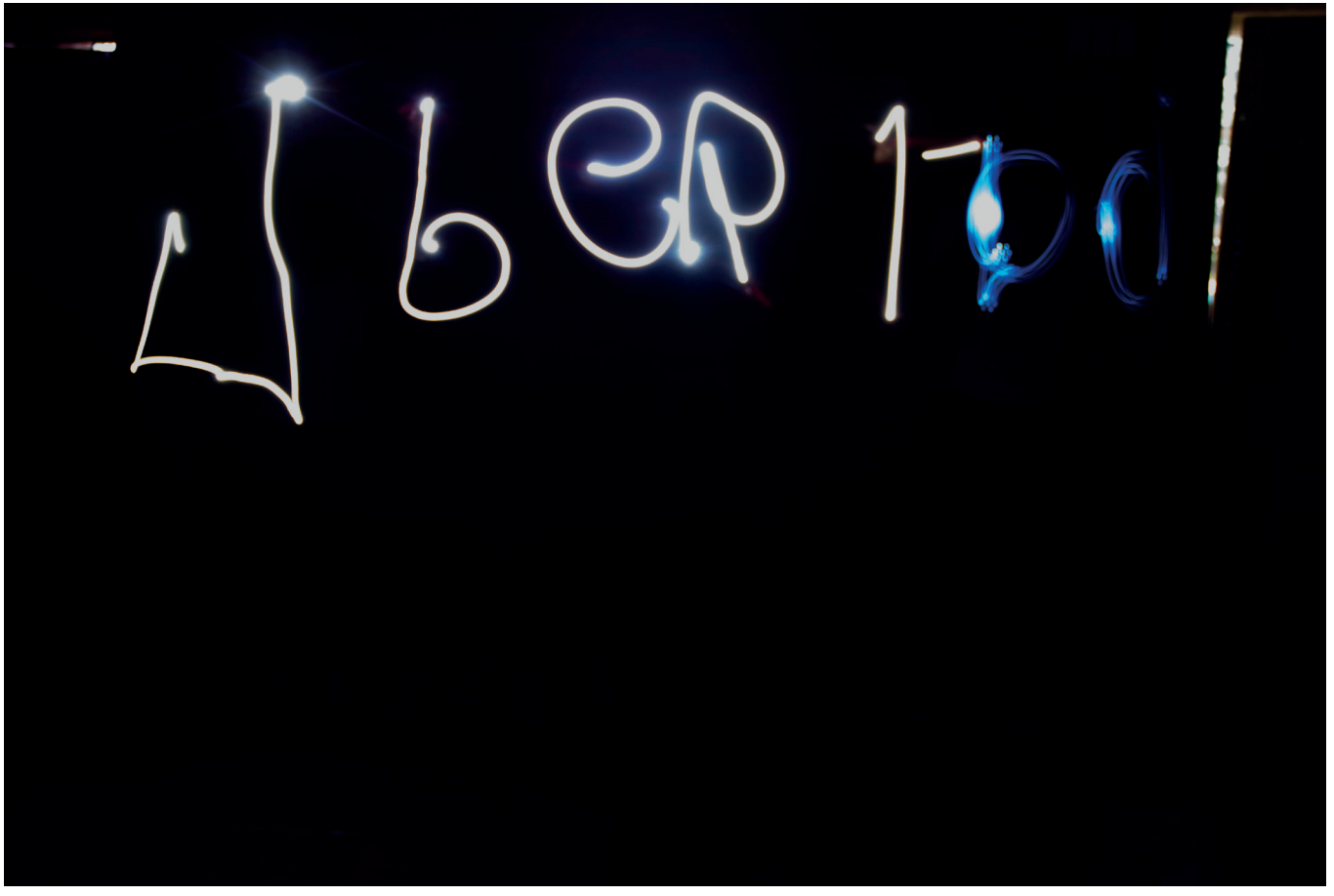
Aunque a Helena le va bien en el colegio y es aplicada para el estudio, siempre tiene problemas por la disciplina. Es positivo cuando ella despliega toda su energía en actividades como el juego, el baile, montar bicicleta o patines, pero la situación es muy problemática cuando, esa misma energía, es utilizada de forma incorrecta. Helena es irreverente rayando con la grosería: no es muy respetuosa y constantemente hace valer su punto de vista con los gritos o los golpes. – Se está buscando un puño en la cara- dice cuando algo no es de su agrado. Es desobediente y terca, pero también es una niña muy sensible y cariñosa.



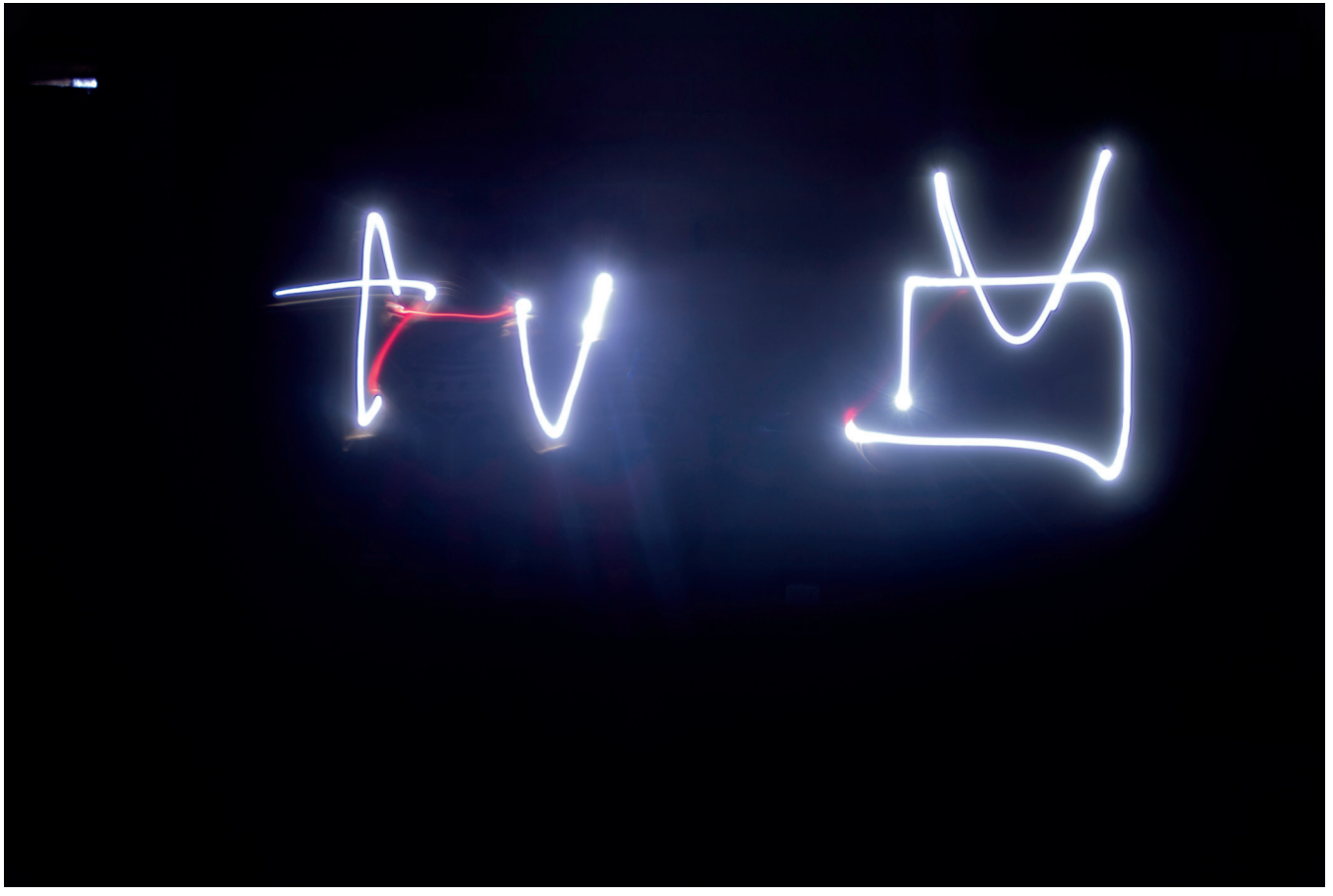
Decirle a Helena que hay algo que no debe hacer, o que hay algo que no puede coger, es alentarla a hacer todo lo contrario. Tiene golpes en las piernas por montones justamente debido a su terquedad. -¡No te subas a ese árbol que te caes! ¡No te montes a esa mesa que se parte! ¡Ten cuidado con eso!- y otras frases, son repetitivas para Helena, así como las consecuencias de hacer caso omiso de ellas. Ha partido mesas, estropeado objetos, dañado cosas ajenas, caído de lugares altos, etc. Ningún golpe es lo suficientemente fuerte para hacer que se rinda.

A pesar de todo lo anterior, Helena tiene un sueño muy claro: ser una estrella. Quiere ser presentadora o actriz, o cualquier cosa diferente a una reportera de noticias, que la pueda poner en una pantalla chica. Le encanta el modelaje y disfruta de las cámaras rodeándola. Sus actitudes son parte de una gran estrategia para ser el centro de atención. Sabe lo que quiere y cómo lo quiere. Tiene un ego con unas alas gigantescas que supera el vuelo del de muchas niñas de su edad; al contrario de la inseguridad que puede sentirse en la pre- adolescencia e inicio de pubertad, ella camina dando pasos firmes, segura de sí misma. No se permite ser débil y no se permite renunciar.





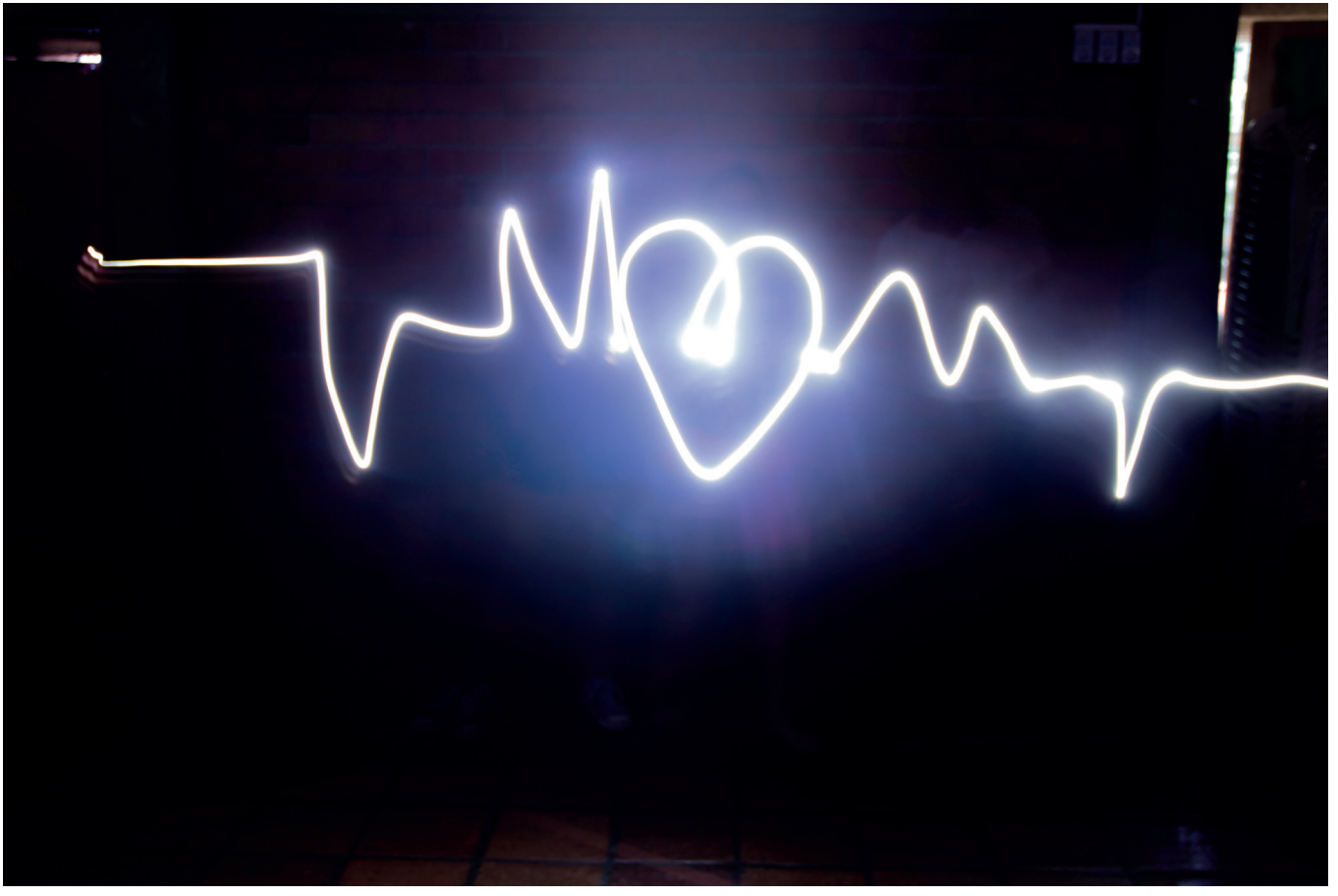
Cada niño pensó en un deseo y lo pintó con luz, Heidi pidió libertad.



Helena desea ser presentadora de televisión.



Kevin quiere reunirse con todas sus hermanas.



Fernando desea ser cardiólogo.



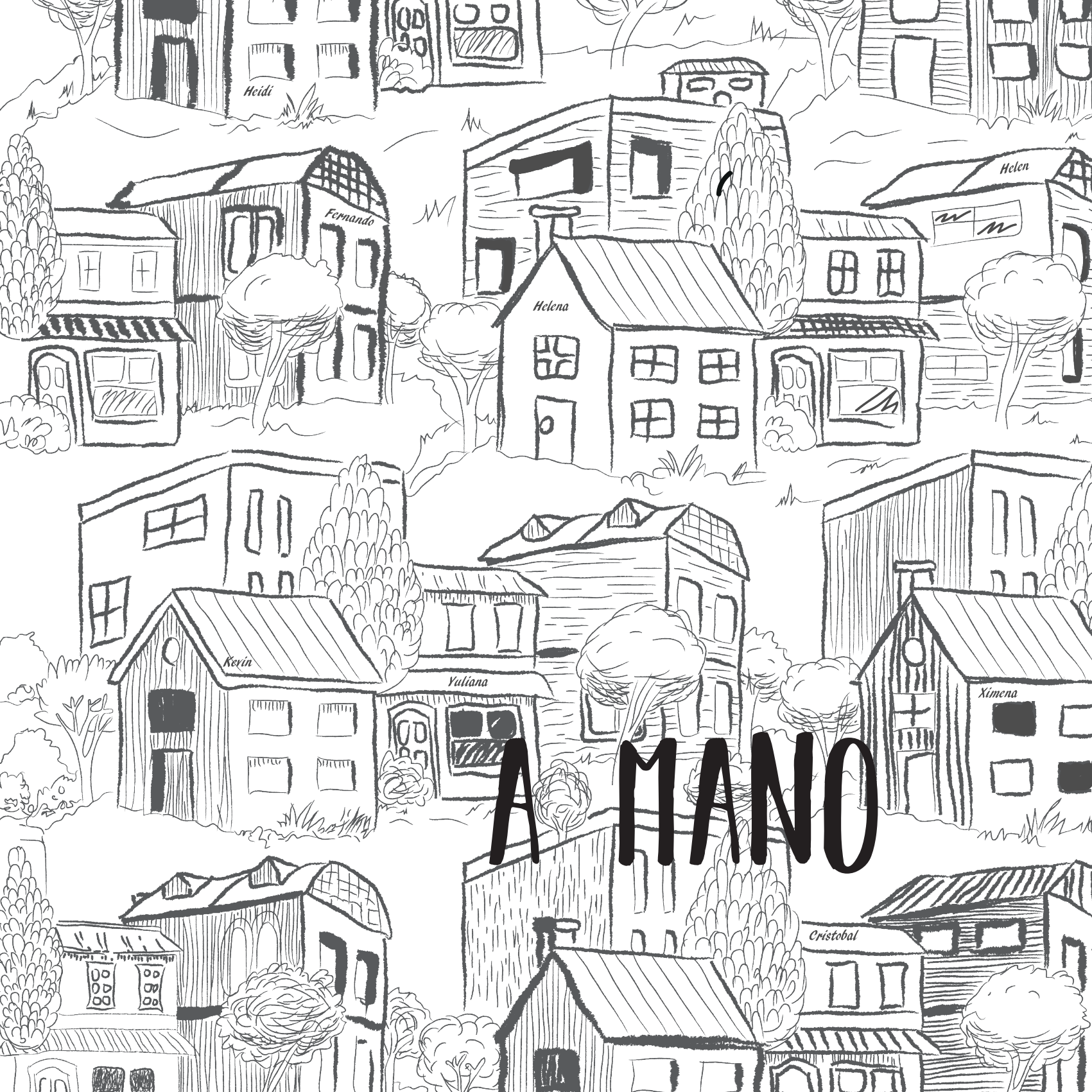
Helen pidió respeto.



Cinco de los ocho niños del equipo.


Heidi
Fernando
Helena
Helen
Kevin
Yuliana
Ximena
Cristobal

HECHO


Heidi
Fernando
Helena
Helen
Kevin
Yuliana
Ximena
Cristobal

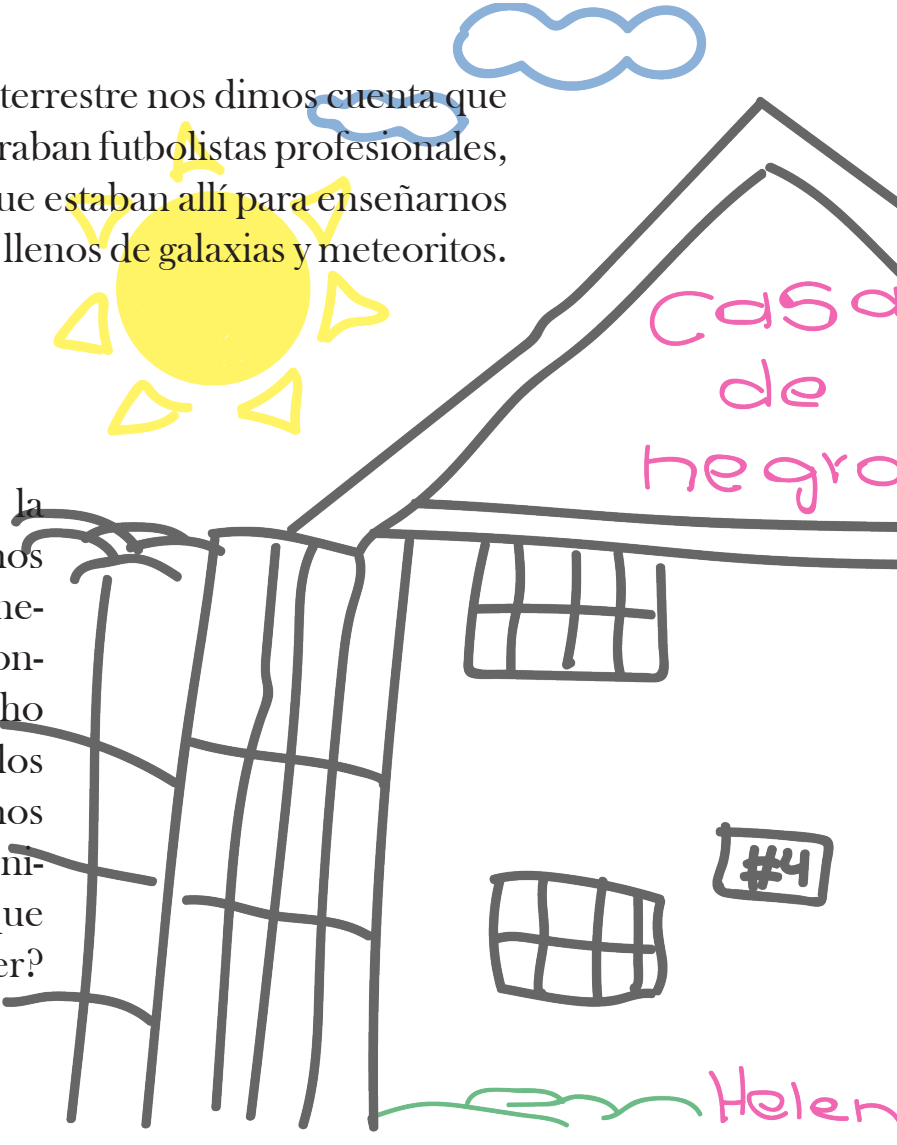
A MANO

Corazones Intergalácticos

Inicia la cuenta regresiva. 10, 9, 8... Respira profundo, no tengas miedo. 7, 6, 5... TRIPULACIÓN MISIÓN ARTFO ESTAMOS POR COMENZAR. 4, 3, 2... Son solo niños ¿qué podría pasar?... 1: DESPEGUE.

Cuando la nave se alejó de la atmosfera terrestre nos dimos cuenta que no había vuelta atrás. A bordo se encontraban futbolistas profesionales, profesores, cirujanos y hasta modelos que estaban allí para enseñarnos sus respectivos universos, ocho en total, llenos de galaxias y meteoritos.

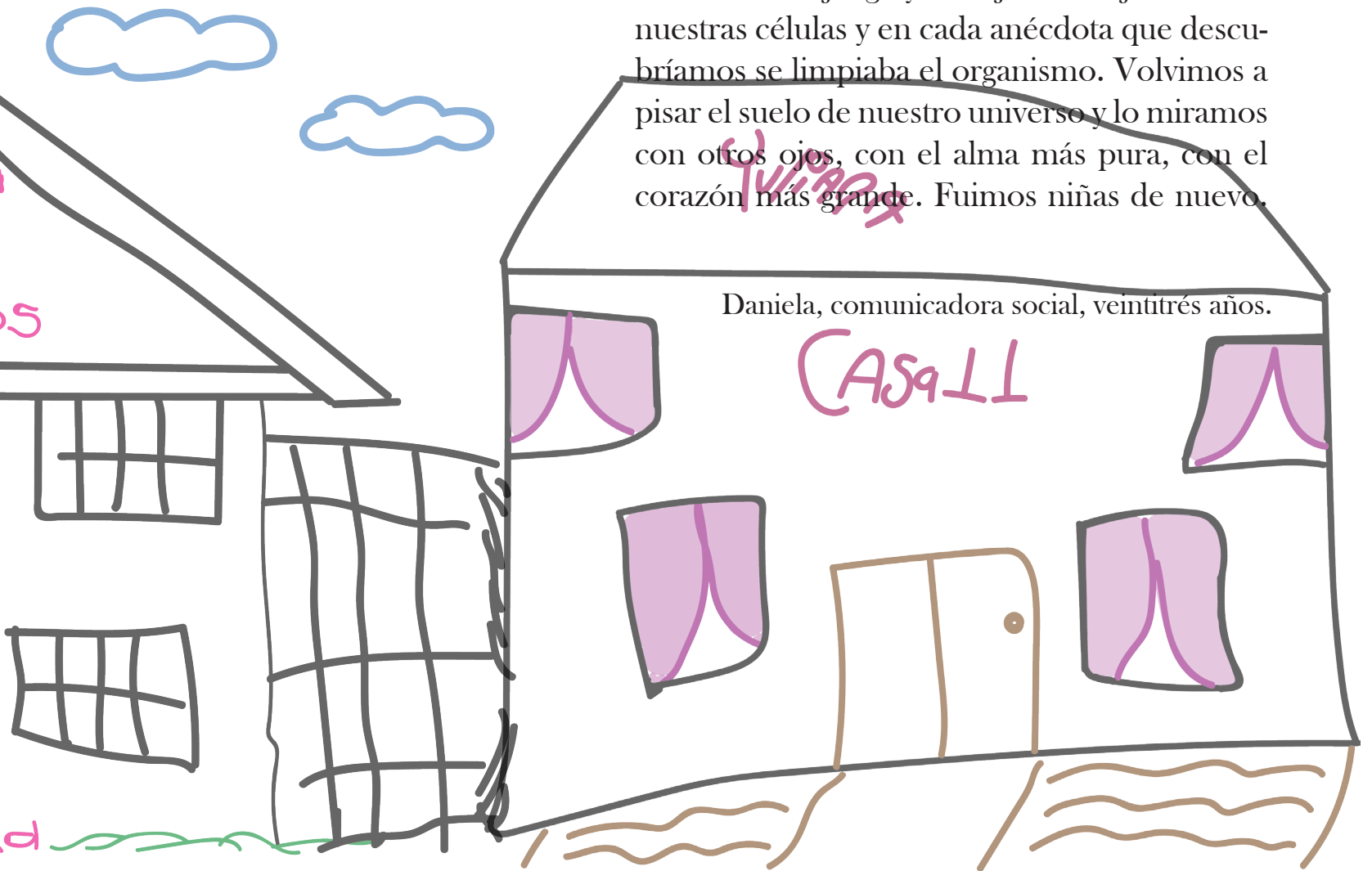
Solía pensar que yo era la capitana de la nave; que mi compañera y yo estábamos al mando para dirigir el viaje de dos meses a través del basto universo de personalidades infantiles. Pero no pasó mucho tiempo para darme cuenta que eran ellos quienes tenían el control. ¿Quiénes éramos nosotras sino un par de estudiantes universitarias sedientas de conocimiento, que esperan cualquier instante para aprender?



Cada universo tenía particularidades y dimensiones diferentes. El tiempo y la realidad nunca corrieron de la misma manera. Cada uno tenía planetas, explosiones, agujeros negros, supernovas y estrellas fugaces. De esa profundidad infinita solo se nos permitió conocer algunos fragmentos. Unos llenos de luz y otros tan oscuros que dejaron marca en nuestra memoria.

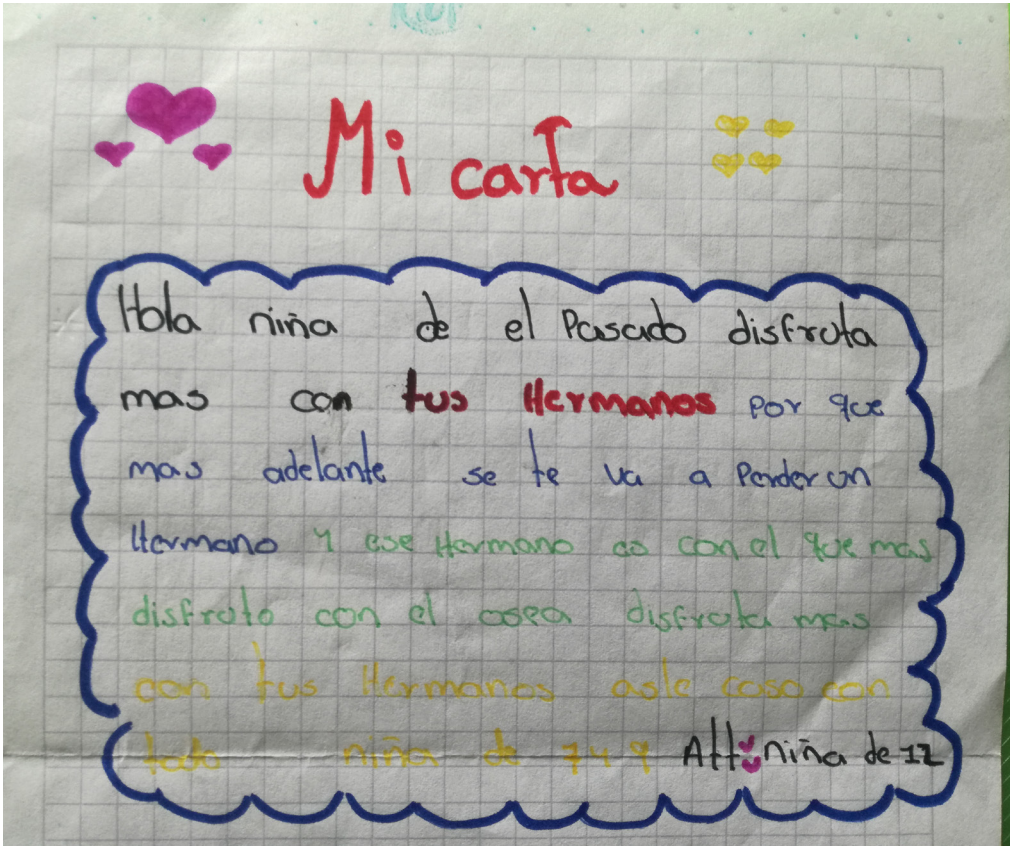
Un par de espectadoras, de aprendices, eso fuimos. En cada juego y carcajada se rejuvenecían nuestras células y en cada anécdota que descubríamos se limpiaba el organismo. Volvimos a pisar el suelo de nuestro universo y lo miramos con otros ojos, con el alma más pura, con el corazón más grande. Fuimos niñas de nuevo.

Daniela, comunicadora social, veintitrés años.



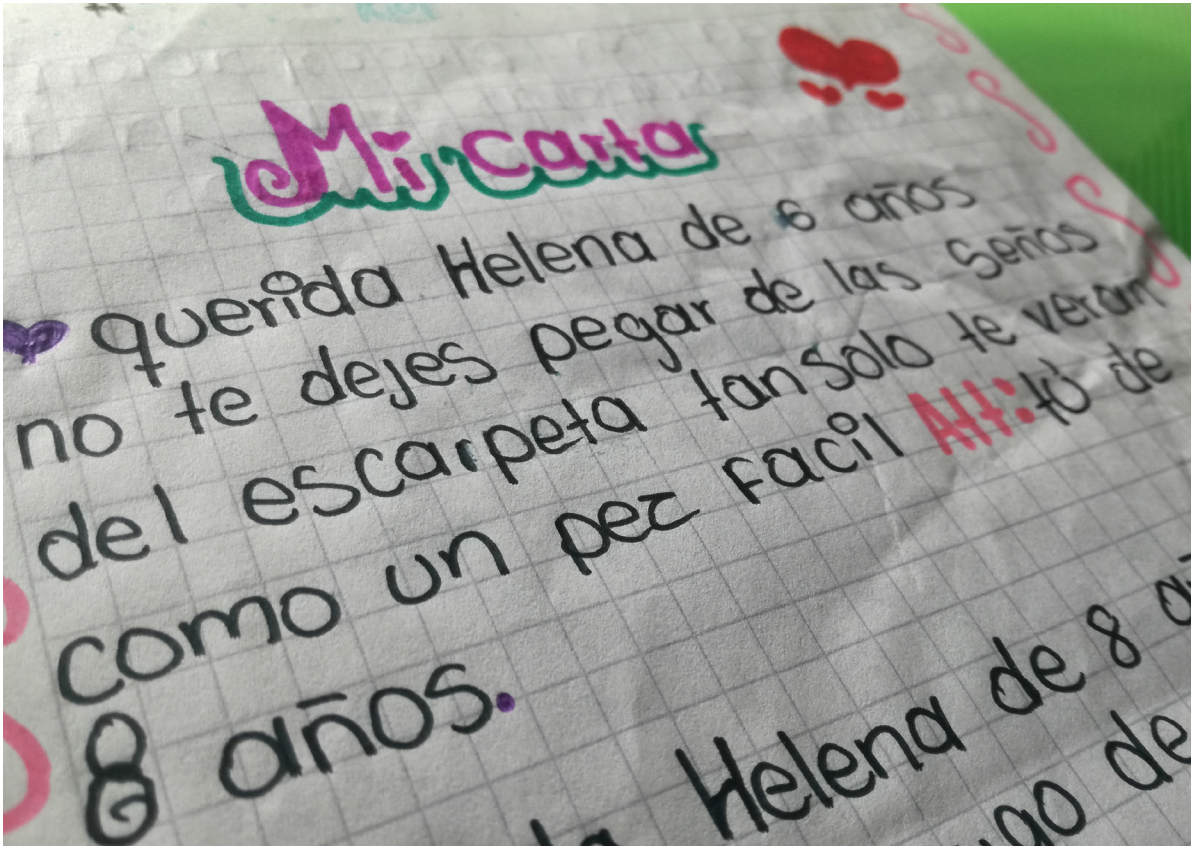
¿Qué episodios de tu infancia marcaron tu vida?

Una de las lecciones más significativas que nos dejó la experiencia en la Aldea fue la de valorar cada momento y cada persona que pasa por nuestra vida. Yuliana, con 12 años, le escribe a su pasado que aproveche más el tiempo con su hermano; el fallecimiento de él partió su vida en dos.



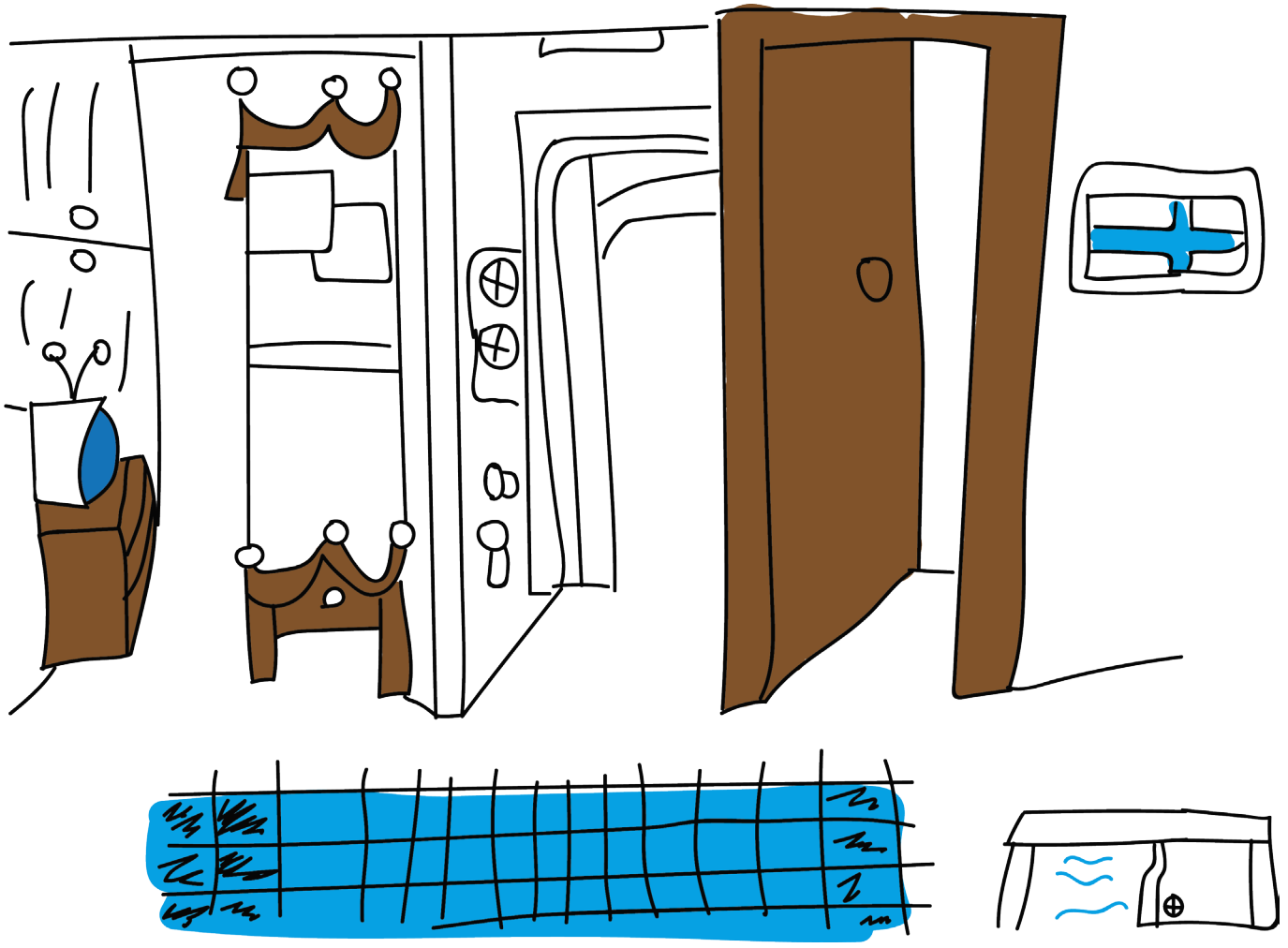
¿Qué podría escribirle una niña de 12 años a su yo del pasado?

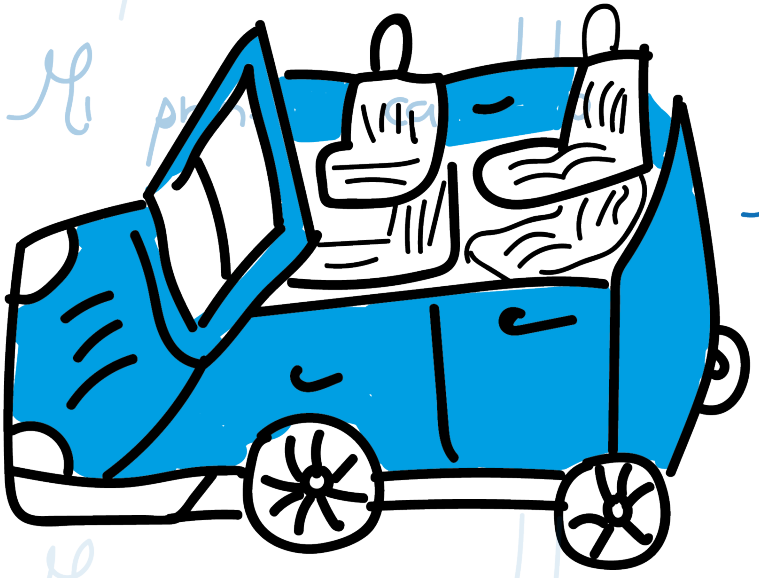
Entre una larga lista de anécdotas, nos encontramos con un episodio contundente. Helena, a sus 12 años, le dice a su pasado que no se deje pegar. Ha desarrollado tal fortaleza que ya no tiene miedo de enfrentarse a aquellos que le hicieron daño.



¿Cuál es tu primer recuerdo de infancia?

Heidi tiene guardado, de manera muy clara en su memoria, el recuerdo de la primera casa donde vivió, el mismo lugar donde su mamá la abandonó por primera vez.





Mi primer carratito

Dibujen el primer recuerdo que tengan de su infancia, dijimos. Cristo tomó un lapicero y enseguida se sentó a dibujar, todos quedamos sorprendidos con su habilidad y gusto por el dibujo. A los diez años, sus trazos son bastante buenos.

Por última vez

Pupilas dilatadas, ritmo cardíaco acelerado, respiración agitada. Viene hacia mi una turba de niños corriendo, los veo como un millón de hormiguitas desesperadas por azucar. Es mi último día en la Aldea y siento la misma adrenalina de la primera vez.

Después de tres meses, mis semanas no serán las mismas al finalizar el día de hoy. Los seres humanos creamos vínculos inevitables con aquellas personas que alegran nuestros días, que vemos de manera frecuente y que, de alguna manera, nos hacen crecer. Este grupo de niños, cada día, con cada encuentro, me enseñaron una lección.



Llegan a mi, miden poco más de un metro. Me atacan a preguntas, se ríen, se molestan entre ellos. No dejan de repetir ¿Profe, qué vamos hacer hoy? Cualquier otro día me hubiera desesperado su insistencia, pero hoy es diferente, hoy me doy cuenta que esa pregunta me hará falta, que esos gritos, risas, peleas, curiosidad y todo aquello que estos chicos aportaron a mi vida durante este tiempo, harán eco en mi de ahora en adelante.

Entramos juntos al salón, por iniciativa propia los chicos bajan las sillas, prenden las luces y los ventiladores. Desde el fondo del espacio los observo, me tomo un momento para pensar en lo mucho que hemos cambiado cada uno de los que estamos ahí adentro. La primera vez que nos vimos, éramos otras personas.

Alexandra, comunicadora social, veintitrés años.

